

A close-up photograph of a woman and a man embracing. The woman, on the left, has blonde hair and is wearing a light-colored lace bra. The man, on the right, is shirtless and wearing black briefs. His hands are resting on her waist and hips. The background is a soft, out-of-focus white.

SEÑORA S

MI PEQUEÑO ME ALIVIA

UN RELATO SOBRE LACTANCIA ERÓTICA.

MI PEQUEÑO ME ALIVIA
SEÑORA S

Copyright © 2024 Señora S
All rights reserved.
Sello: Independently published.

SINOPSIS

Desde el momento en que la vio por primera vez, quedó cautivado por su encanto, su belleza antinatural y su figura curvilínea que lo hizo salivar, especialmente por cierta parte de su cuerpo que lo atrajo desde que sus ojos se posaron en su generoso escote.

La deseaba más allá de lo racional, más allá de lo comprensible. Sabía que no debía ser así. Era una mujer fuera de su alcance, prohibida, una mujer que no debería haber despertado su deseo más oscuro, pero lo hizo.

Estaba dispuesto a todo por tenerla, incluso a manipular su alma generosa y su mente inocente. La tendría; su madrastra sería suya y no habría nada ni nadie que pudiera impedirlo, especialmente cuando pensaba en satisfacer cada uno de sus deseos con ciertas circunferencias de placeres profanos que probaría una y otra vez.

Un relato lascivo que te adentrará en su psique corrupta y te hará disfrutar de su deseo carnal.

Advertencia:

Este relato no es apto para todo público. Si no te interesan los relatos detallados que exploran de manera explícita el tabú de una relación prohibida, este libro no es para ti.

CAPÍTULO 1

EL COMIENZO DEL FIN

Sus dedos femeninos y delicados peinaron mis cabellos con suavidad, sus ojos se enfocaron en mi rostro, brillantes, amables, con cierta chispa al fondo de sus pupilas candente que reveló su anhelo más profundo, ese que no quería mostrar, y la razón por la que mi cabeza seguía en sus piernas pese a que, aparentemente, ya no lo necesitaba.

Succioné con vigor, sin dejar de pasar la lengua alrededor de la areola. Nunca me cansaría de su exquisito sabor, de su esencia tibia que explotaba en mis papilas gustativas, de su suave piel y la tersura de su botón rosado que entraba perfectamente en mi boca para complacerme.

—Mi bebé —susurró en un gemido terso que espoleó mis conductos auditivos y tensó mi cuerpo, en especial esa parte de mi ser que anhelaba inmiscuirse en medio de sus deliciosas piernas.

Gruñí y me aferré a su cintura con una mano para impedir que se alejara, que siguiera esa necesidad de repelerme cada que el deseo la recubría con fervor, cada vez más fuerte, más profundo, más caliente.

Sí, me deseaba, me deseaba como siempre la deseé a ella, como siempre quise que fuera.

Lamí su pezón y un escalofrío excitante la estremeció desde su pelvis hasta sus pechos de donde brotó más dulce leche.

¡Joder!, me volvería loco con sus encantos, con su inocencia, con sus ojos dorados que me admiraron en dos rendijas pequeñas en las que entreví el sol de sus iris.

Era... increíblemente hermosa.

—Mi bebé —repitió en otro gemido, un gemido más fuerte que atravesó su garganta y me hizo aferrarme a su cuerpo, succionar con más ansia, degustar su néctar con devoción.

La tenía y pronto claudicaría. Sus lamentos y negativas quedarían reducidos cuando el hambre carnal perforara sus sentidos.

Envalentonado, chupé su teta grande, casi del tamaño de su cabecita pequeña y seguí nutriéndome con su efervescencia.

Se tapó la boca para reprimir sus jadeos femeninos, sus ojos apenas abiertos donde se ocultaron los soles cuando sus pupilas se agrandaron. Su respiración se descontroló, inhaló con dificultad, exponiendo sus pechos a mi libertina boca.

Mi mano libre se fue a su teta, la que estaba succionando, y la cogí para lactarme con fruición, para dominar su figura, para cernirme sobre su cuerpo. Quería someterla por completo.

Cada músculo de mi ser se llenó de vida, mi cuerpo se ensanchó cuan grande era, reclamando a la mujer que me tenía sobre su regazo, creyendo una mentira que implanté en su mente y germiné con el paso del tiempo.

—Mi pequeño, no creo que... —trató de decir, de advertirme para que me detuviera.

Hirvió, la lujuria se apropió de su piel, lo sentí, mis dedos en su pecho se tensaron con la elevación de la temperatura. Su rostro se sonrojó, sus mejillas encendieron su pálida tez, así como

sus labios se hincharon gracias a la retención de sus lloriqueos.

Pero no me detuve, no podía, no quería.

Rose sería mía ese día, llevaba demasiado tiempo trabajando la mentira, demasiado días urdiendo mi plan, aguardando para tomar lo que me pertenecía, ese calor dulce y puro que manaba de entre sus piernas suaves. Tenía demasiado tiempo esperando para poder convertirla en mi mujer; días, meses en los que me contuve para no forzarla, para atraerla a mi mundo, un mundo donde sería la protagonista de mis filias, de mis deseos, de todas las fantasías que recrearía con su figura, con esas curvas de infarto que siempre me ponían duro.

La polla me palpitó. Llevaba empalmado desde que se quitó el suéter con vergüenza, incluso cuando llevaba casi un año mostrándome sus deliciosas tetas.

Se tapó la boca con fuerza y sus ojos se desviaron, no pudo sostenerme la mirada tras adivinar lo que se escondía en mis pupilas.

Sonreí y espoleé su areola con la lengua. La miel cayó en mi boca y gruñí.

—Mi bebé..., deberíamos... detenernos —musitó entre gemidos cortos.

Bramé por lo bajo, sin retroceder, sin ceder, porque supe, por su mano enmarañada en mi cabello, que no lo quería, no de verdad.

Sin menguar en mi incitación, cogí su mano, la que tenía en la boca, y se la bajé a mi erección. Le hice tocarme desde los pectorales, pasar por el abdomen, hasta llegar a mi protuberante polla que se irguió cuando sus dedos gráciles la rodearon.

Un gritito asustado salió de sus labios, sus párpados se abrieron y su rostro enrojeció como una preciosa amapola.

Succioné con fuerza, para después lamer su pezón con violencia, con una sonrisa macabra en los labios que la asustó un poco más.

—No quiero detenerme, mami. Te necesito. Tu pequeño nene te necesita. Necesita tu lechita y tu coñito dulce. Sabes que sigo en crecimiento, mami, que mi cuerpo todavía no está recuperado, que mis músculos no terminan de crecer, que todavía no tengo la estatura que debería —indiqué sin encubrir el tono grueso y varonil de mi voz, la forma en la que pretendía justificar nuestra relación prohibida.

Se agitó, su respiración se descompasó, su pecho subió y bajó. Gotas gruesas de leche salieron de sus pechos, manchando su camisa, transparentando la tela hasta hacer visible su teta escondida.

Me relamí con ardor y repasé su cuerpo que estaba encogido bajo el mío más grande y fuerte que cuando comencé con el plan que me hizo acoger sus tetas en la boca y que me daría su almizclada vagina.

Parpadeó temerosa, pese a que las ansias de seguir con el engaño titilaron al fondo de sus pupilas.

Se relamió los labios.

—No creo que...

—Vamos, mami, sabes que quieres, sabes que me necesitas —Moví su mano a lo largo de mi tronco grande y grueso, la única parte de mi cuerpo que nunca me avergonzó—. Así como a mi cuerpo le urge saciarse con el tuyo. Soy tu pequeño... Una madre puede ayudar a su hijo a calmar el fuego que corroe sus venas. No es diferente a lo que haces al amamantarme, en absoluto —concedí para sosegar su mente inquieta que despertó del letargo al entender lo que le estaba pidiendo.

—¿No? —inquirió confundida, en la bruma del placer, en especial cuando pellizqué su pezón y dos chorros delgaditos me mojaron el pecho.

Sonreí cálido.

—No, por supuesto que no. Eres mi mami, solo estás cuidándome, procurando mi salud, así como lo has hecho durante estos meses, ¿verdad?

Moví la mano sobre la bragueta del pantalón de chándal, la suya bajo la mía, acariciando mi longitud con su palma, pese a que tal estímulo no fue suficiente para detener mis ansias por poseerla, por hacer que se rindiera ante el único hombre que debía haber en su vida.

—Todavía te necesito, mami, yo... sabes que sigo enfermo y tener esto... —Apreté su mano contra mi polla y un suspiro entrecortado salió de sus labios mullidos y rojos como una manzana, la manzana prohibida que era mi dulce Rose—. Duele, mami. Me duele no sentirte más. Además, quiero que mami sea la primera, que me enseñe lo que le gusta, que guíe a su pequeño para que le dé placer, para que le muestre lo que le hace sentir su bebé.

Dejó de respirar, sus ojos se quedaron en los míos, ni siquiera parpadeó.

—André, no creo que una madre debería hacer *eso*. Yo soy tu mami, no...

—Porque eres mi mami deberías ayudarme, cuidarme. Quiero que sientas cuánto te amo. Tu pequeño te ama mucho mucho —repliqué con un tono que pretendía ser más suave, pese a que salió más ronco.

Las vibraciones de mi voz la hicieron cerrar los ojos por un segundo y cuando los abrió su mirada obnubilada me dijo que casi la tenía donde quería.

—Yo...

—Mami, eres mía, ¿verdad? Eres mi mami, ¿cierto? —pregunté con fingido desánimo.

Se mordió el labio y solté su mano que se quedó quieta sobre mi dureza por un instante, pese a que al siguiente segundo siguió masturbándome por encima del chándal sin darse cuenta.

Gemí, abrí la boca para que viese lo bien que se sentía cuando me tocaba.

—André —susurró indecisa, sin embargo, no se detuvo, al contrario, sus dedos me rodearon por completo y me apretó en un sutil movimiento de lo más erótico.

Vamos, mami, dale a tu pequeño lo que siempre quiso... déjame convertirte en mi mujer, deja que explore tu sensible piel y tu coño dulce.

Sus ojos resplandecieron, el dorado de sus iris brilló con un halo celestial que me hizo bramar ante su inocencia, ante la forma en la que se estaba doblegando ante mis pecados, sin comprender cómo terminamos en esa tesitura, el engaño en el que nos sumergí cuando comencé a manipularla, cuando puse en marcha mi retorcido plan que me llevó no solo a sus pechos grandes que lactaban solo para mí, sino a las puertas de mi plan maestro para convertirla en mi mujer.

Ya la tenía, lo vi en sus ojos cuando me enderecé, cuando me senté sobre ella sin poner mi peso sobre sus piernas, cuando acogí su carita con mis manos grandes y la hice alzar la cabeza para que me viese a los ojos.

—Tu pequeño te necesita, mami —musité y me acerqué a sus labios, sus labios sensuales que no probé antes.

Sus ojos me buscaron con ansiedad. La miré por un instante en el que todo lo demás dejó de existir.

—¿Quieres ayudar a tu pequeño a que siga siendo fuerte, grande y saludable, mami? —inquirí con urgencia, con la voz grave.

Jadeó.

Mi mano bajó desde su barbilla, acaricié su cuello terso y me deslicé hasta llegar a su pecho que pesé y amasé con cuidado.

—Dime, mami, ¿quieres que tu bebé crezca más grande y se nutra con tu cuerpo, o prefieres que otra fulana me enseñe a tocar y sentir a una mujer?

Sus ojos se abrieron cuando los celos calaron en sus sistema y mil ideas pasaron por sus pupilas.

Sonreí y bajé más para lamer sus labios. Gruñí al saborear su boquita entreabierta, sin besarla realmente, solo tentándola para que saliera de sus ostracismos y se rindiera a la calentura de nuestras libidos.

Su mano temblorosa, la que antes tenía en mi protuberancia subió hasta mi pecho y sintió mi agitado corazón.

—Mi pequeño necesita a su mami, ¿verdad? —preguntó con desesperación.

Asentí con fingida inocencia y lo supe, ya la tenía donde quería, la tenía en mis manos, lista para sucumbir a lo que quisiera, a todas las depravaciones que tenía preparadas para nosotros, para cumplir mis fantasías, esas en las que terminaba dentro de su coño estrechito.

Había valido la pena pasar mes tras mes soportando beber de sus pechos sin poder avanzar hasta el final, lo había logrado, y mi recompensaba era devorar sus curvas femeninas y embeberme con su néctar.

CAPÍTULO 2

M I P E Q U E Ñ O

Recuerdo con claridad la primera vez que la vi, la primera vez que la lujuria nació entre mis piernas, la primera vez en la que sentí que debía tocar su cuerpo, oler su piel y saborear su dulzura, sus curvas que me atraía como las abejas con la miel.

Años atrás, cuando tenía dieciocho, papá y Rose se casaron. Rose, mi preciosa y dulce madrastra, era su secretaria, la secretaria del gran neurocirujano, Antonio Gallagher, un hombre que a sus cuarenta y seis años se consiguió a una hermosa veinteañera como su esposa.

Sí, Rose era mucho más joven que papá, quizá por eso se aprovechó de su ingenuidad para quitarle todos sus sueños y dilapidar parte de su identidad.

Se conocieron cuando Rose tenía veinticinco, dos años antes de su boda. Al principio, su relación parecía meramente laboral, algo más relajado que la interacción usual entre un jefe y su empleada. Papá la sedujo, así como sedujo a casi todas las enfermeras y secretarias que trabajaron en el hospital en el que era jefe de su área. Pero con Rose, algo cambió... quizá fue porque no quiso intimar con mi padre con tanta rapidez como las demás, porque esperó y esperó para tener sexo con el viejo lujurioso de mi padre, o porque algo en Rose lo hizo caer rendido a sus pies.

Desde la muerte prematura de mi madre, tras darme a luz y tener problemas en la presión sanguínea que la llevó a un paro cardíaco del que no pudo despertar, papá jamás tuvo una relación tan larga, mucho menos me presentó a ninguna de sus conquistas, hasta Rose.

Ese día en el que me citó a un restaurante, después de terminar las clases, caí en el embrujo de los soles que se guardaban en su mirada, de su cabello rubio como la mañana, de su rostro juvenil, y de su cuerpo de curvas exuberantes.

Rose era... perfecta.

Aun puedo traer a la memoria, como si fuese una película, el instante en el que entré al restaurante, aun con el uniforme puesto, y la vi. Estaba de espalda, papá enfrente. Él me saludó y me hizo una señal para que me acercara y, entonces, ella giró y nuestros ojos se encontraron.

El corazón se me detuvo al contemplarla, al mirar sus mejillas sonrojadas, su piel nívea sin imperfecciones, sus labios rojizos, sus pestañas largas y rizadas, sus ojos grandes como de cordero, de ese color dorado tan diferente y engatusador que no pude respirar. Era preciosa, la mujer más increíblemente guapa que alguna vez admiré. Sin embargo, no fue hasta que se puso de pie, revelando una figura armoniosa, femenina y exuberante que todo en mi sistema se alteró.

Siempre viví entre las sombras. Mi imagen nunca fue la de un hombre saludable, y contemplar a una beldad con el rostro de muñequita y el cuerpo de infarto de Rose, me hizo caer rendido a sus pies, deseando besar cada parte de su ser.

Nací siendo frágil, teniendo problemas de desarrollo, enfermedades que me dejaban postrado en la cama de un hospital cuando otros niños seguían saltando al tenerlas. Mi condición siempre fui crítica. Era bajito para mi edad, pálido, delgaducho, con el cabello sin brillo y dos rosadas ojeras

debajo de los ojos que me acompañaron desde que tengo memoria.

Pese a mi apariencia, Rose me aceptó, o quizá fue gracias a ello, gracias a que desperté su instinto materno, a que deseó cuidarme como si fuese la madre que nunca tuve.

Lo hizo desde ese primer momento, cuando se acercó a ayudarme mientras trataba de llegar a la mesa y me tambaleé producto de mi debilidad, de mi fragilidad ósea.

Desde el primer minuto, Rose se avocó a la tarea de complacerme, de ser una madre para mí, de ayudarme cada que me enfermaba.

Al casarse, papá la relevó de sus funciones como su secretaria. Le dijo que prefería que se quedara en casa, le lavó el cerebro, incluso le hizo aceptar la idea de no tener hijos bajo la excusa de que no quería tener otro hijo enfermo, porque en sus genes corría la «malformación» que me hizo ser un bebé, niño y joven endeble.

Por supuesto, Rose aceptó todo, al final, papá ocupó su astucia para manipularla, para que se convertiría en una simple ama de casa que estuviese a mi disposición cada vez que me enfermaba.

Y durante un año, quise respetar su relación, no me inmiscuí aun cuando no me parecía los modos de mi padre, cuando supe que le era infiel con su nueva secretaria, cuando la dejó plantada en su primer aniversario, cuando no le contestó las llamadas y su descaro llegó a nuevas proporciones.

Fui respetuoso por ella, porque me gustaba demasiado para interferir con su felicidad, porque cada vez que veía a mi padre y lo ayudaba con la corbata por las mañanas, sus ojos brillaban y sus mejillas se sonrojaban como el primer día, ignorante de todas las cosas que mi padre le hacía mientras ella estaba en casa, cuidando de su hijo enfermo, siendo una preciosa ama de casa que no levanta la voz, que se sometía ante el rigor de su marido sin oponer resistencia.

Me asqueé con cada nueva cosa que papá le hizo, pero no interferí, en principio por Rose, pero también porque era mi papá incluso cuando me hizo lo mismo que a mi madrastra y me dejó en las manos de otros desde pequeños.

Sí, papá no era bueno en las relaciones, ni conmigo ni con nadie. Él era... «relajado», quizá demasiado. Sí, me dio la mejor atención médica que creyó encontrar, al final, estuve bajo el cuido de sus amigos y colegas. Mi enfermedad la trataron con el mejor de los cuidados y pagué un precio muy alto porque sus precauciones evitaron que mi desarrollo fuese como el de otros.

La primera vez que descubrí que mi tratamiento pudo ser mejor, tenía catorce años y me aumentaron la dosis de hormonas que recibía con el fin de hacerle entender a mi cuerpo que tenía que madurar, sin embargo, algo pasó con la medicación y acabé en el hospital, internado durante tres semanas.

Mi médico decidió bajar todas las dosis y retrasar mi desarrollo a fin de no provocarme otra grave infección en los riñones, a fin de preservar mis órganos, pese a que después comprendí que solo estaba siendo muy cauto por papá, por temor a contravenir al gran Antonio Gallagher.

Sin embargo, mi condición enfermiza fue lo que me hizo abrir los ojos y descubrir la verdad, descubrir cuánto deseaba a Rose y lo mucho que quería que fuese feliz, lejos de un hijo de puta como lo era mi padre.

Ella merecía más, merecía a un hombre de verdad, que la cuidara, que la hiciera llorar solo de placer y nunca de dolor, que convirtiera sus noches en una fiesta de gemidos hasta que su cuerpo ardiente convulsionara en mil orgasmos.

Antes de esa tormentosa noche de finales del verano, no sentí nada igual. Con mi desarrollo tardío, me era difícil tener un deseo sexual adecuado a mi edad. Sí, el corazón me latía más deprisa cuando la miraba con sus camiones de seda con los que dormía, por supuesto que experimenté una pizca de deseo sexual al ver a otras mujeres, y claro que mi interés por Rose creció con el paso del

tiempo, pero hasta esa noche... no tuve una sola erección.

Con casi diecinueve años, mi debilidad no disminuyó. Medía apenas el 1.65 m. Era un chico pequeño, delgado, que aparentaba tener quince, pese a que estaba más cerca de la adultez, con los huesos remarcados y el rostro pálido. Mi cuerpo seguía en crecimiento, tan despacio que a veces parecía que el tiempo no pasaba. Casi no tenía vello corporal, mi voz apenas comenzó a cambiar cuando la conocí, no tenía remarcada la nuez de Adán. Lo único de lo que podía estar orgulloso era que tenía una herramienta considerable, incluso en reposo, en lo demás, seguía manteniendo una apariencia demasiado joven y delicada para mi edad.

Esa noche, pretendía pasarla con ella, a su lado, viendo alguna película como teníamos por costumbre hacer todos los jueves. No solo me gustaba pasar tiempo con ella, sino porque quería que se olvidase de que ese día papá llegaba más noche, si es que lo hacía.

El cuerpo me pesó desde que me paré tras descansar unas horas en la cama, sabiendo que estaba por enfermar. Creí que una siesta solucionaría mi fatiga y el dolor muscular, sin embargo, no fue así.

Me sentí desmayar y el mundo giró y giró.

Sacudí la cabeza y me aferré a la pared para salir de mi habitación, la única que estaba en el piso inferior. Era un cuarto grande y despejado por si alguna vez necesitaba desplazarme en la silla de ruedas gracias a que mis huesos se rompían con facilidad. Así como tenía un baño con todo lo necesario para mi cuidado personal, con una cajonera llena con mis medicamentos, los mucho que tomaba, así como una buena ración de vitaminas, y toda clase de comprimidos para los dolores, infecciones y demás padecimientos que me doblegaban.

Al salir, los músculos me punzaron, el corazón se me agitó y la visión se me cerró. Sabía lo que ocurriría, así que la llamé, consciente de que no podría sostenerme y regresar a la cama.

La lluvia acalló mi voz. Las gotas reventaban contra el techo de la casa y las ventanas de cristal del salón, aumentando el ruido blanco que opacó su nombre, hasta que salió de la cocina y me vio desplomarme contra el marco de la puerta de mi habitación.

Dejó la comida sobre la mesa del comedor y corrió a socorrerme antes de que me deslizara hasta el parque.

—André —gritó y me cogió con sus manos, puso mi rostro sobre sus muslos mullidos e, hincada, se tocó el cuerpo para buscar el móvil y llamar a mi padre—. ¡Dios, estás ardiendo en fiebre! —exclamó apurada y sus ojos brillaron y se enrojecieron al verme.

No pude moverme, no pude más que respirar y seguir sus movimientos impulsivos con las pupilas.

Dejó el móvil sobre el suelo y llamó una tras otra vez a papá, desesperada. Su cabeza se movió como si necesitara encontrar algo, mientras una de sus manos se agitó y la otra me sostuvo sobre sus muslos y me tocó la cara con una sutileza femenina que me hizo gemir por lo bajo, pese a que ella creyó que balbucí gracias a la fiebre.

—Contesta, Antonio —repitió una tras otra vez, abatida.

Parpadeé y mis ojos se fueron a sus senos grandes, redondos e inflados por la postura de su cuerpo que se acopló para sostenerme. Tenía las tetas más bonitas que una vez vi, unas tetas encantadoras, con una caída deliciosa que no necesitaban del sujetador para afianzarse a su cuerpo.

Las vi sin que pudiese contener el cosquilleo que invadió mi cuerpo.

Iba sin sostén, como tantas veces hizo, acostumbrada a andar más cómoda por casa. Lo entendí, los corpiños se le marcaban en los hombros, tenía la espalda tan pequeña que era normal que le doliera al tener los pechos tan grandes. Al final, Rose era una mujer menuda, más bajita que

yo, incluso para aquella época en la que era un hombre muy pequeño. A mi lado, resaltaba por su figura, no por su estatura, pese a que con tacones me pasaba y casi siempre usaba tacones.

Sus tetas bailaron cuando la agitación la hizo resoplar y colgar la llamada con violencia.

La luz parpadeó y la tormenta arreció hasta que el viento golpeó los cristales.

De su boca salió un gritito y sus manos se fueron a mi rostro para protegerme del clima, de todos. Sin querer, sus tetas se acercaron a mi boca y sentí el calor de sus masas de carne contra mi nariz. Eran... suaves, tibias y delicadas.

Dejé de respirar por un segundo, mi cuerpo reaccionó a su cercanía y me calenté más, como si eso fuese posible.

—¡André! —vociferó asustada y me tocó la cara con cariño—. Mi precioso bebé, ¿qué hago? —cuestionó intranquila, sin realmente preguntarme.

Sus manos me peinaron y me miró con cariño. En sus ojos se filtró la preocupación, la desesperación por no saber qué hacer.

Se mordió el labio y, con esfuerzo me llevó a la pared para sentarme, lo que implicó pegarme por completo a sus deliciosos senos que me obstruyeron la vista, me dejaron sin respirar por unos segundos y me rozaron los pómulos. Mi nariz se hundió entres sus masas de carne y logré aspirar su delicioso aroma a frutilla, a algo que no pude explicar, pese a que entendí que era su aroma natural, su dulce esencia femenina.

Me dejó sentado contra la pared y se paró al siguiente segundo, para correr a la cocina y traer un paño húmedo que aplicó sobre mi frente, cuello, brazos y pecho.

Me quitó la camisa sin pudor. De cualquier forma, más de alguna vez lo hizo, más de alguna vez me vio en ropa interior para cuidarme, para ayudar con mi curación.

—Dime qué tienes, mi pequeño —suplicó quebrantada, con la voz suave y los ojos enrojecidos, a punto de llorar.

La miré sin poder abrir la boca. Todo el cuerpo me pesaba y estaba temblando entre el frío y el calor, con calambres en los músculos y los ojos solo enfocados en su rostro, en su cuerpo.

Sus manos tocaron mis mejillas, mimaron mi rostro y se quedó fija en mi gesto, pese a que no creí que estuviese moviendo ni un solo músculo.

—Mi precioso pequeño, mi niño bonito, por favor, no me hagas esto, no me hagas esto. Mami te quiere, mami te ama, mami te va a cuidar y te pondrás bien para mí, ¿verdad? —rogó impaciente, pensando lo peor, porque antes de esa vez, jamás dejé de responder cuando me preguntaba algo.

Se mordió los labios al ver que no me movía y dos gruesas lágrimas bañaron su piel. Ahuecó mi rostro con sus manos y se sentó sobre mí a horcajadas para verme mejor.

—Por favor, mi bebé, no me hagas esto —imploró y llevó mi rostro a su pecho, apretándome contra sus cumbres por un instante, sin saber cómo quitarme la calentura y sin imaginar que solo la estaba elevando.

Jamás sentí una mujer así, jamás tuve los pechos de una dama en la cara, mucho menos unos tan sensuales como los de mi madrastra.

—Mami —musité por lo bajo, repitiendo sus palabras.

Se llamó así misma mi mami y mi cerebro se quedó enfrascado en esas cuatro letras que nunca le dije a una mujer, ni siquiera a mi madre. No, no me refería a ella como mi mami, ni a ella ni a nadie. No obstante, cuando salió de sus labios, una estela de energía me recorrió y, pese a que me costó asimilar sus palabras, la certeza de que quería que fuese mi «mami» me abrumó y por un minuto la fiebre le dio paso a otro tipo de sensaciones.

Me alejé de su pecho, sin soltarme la cara y me miró con alegría.

—Sí, mi amor, soy tu mami, soy tu mami —aceptó emocionada.

Me tocó el rostro con devoción, algo en ella despertó y no se contuvo, su excitación por escuchar cómo la llamé la incitó a besarme la cara, a llenarme de besos la frente y las mejillas.

Se separó y tragó saliva con fuerza, me vio por un segundo y asintió.

—Mami te pondrá bien, mi pequeño. Mami hará que estés saludable, mami cuidará de su bebé —dijo con convicción y se quitó de mi lado, me soltó por un segundo en el que se puso en pie.

Se ajustó la ropa porque con el roce de mi cabeza entre sus tetas le bajé el escote. Tenía los pezones erguidos, sin embargo, su sonrisa me hizo alzar la mirada.

Como pudo, se agachó y me tomó en brazos, me jaló por debajo de las axilas, abrazó mi cuerpo y traté de aligerar la carga al levantarme del suelo, pese a que ella hizo el mayor de los esfuerzos.

Conmigo a cuestas, se arrastró hasta el baño, repitiendo que «mami pondría a salvo a su pequeño, a su bebé». Me llevó hasta la ducha que abrió con premura y, sin fuerzas, nos deslizamos hasta el suelo. El agua nos bañó casi de inmediato.

Abrí los ojos cuando volvió a llevarme contra sus pechos y me acunó como a un bebé, conmigo en brazos mientras las gotas de agua nos empapaban.

Estaba sin camisa, así que una de sus manos me acarició la piel del torso, mientras la otra me mantenía apretado a sus tetas que se traslucieron con el agua y me dejó ver, por vez primera, sus preciosas areolas y sus pequeños y duros pezones.

Gemí por lo bajo y ella me sonrió en respuesta, sin imaginar que estaba excitado que, verla bajo la lluvia de la regadera, me hizo arder de diferente manera.

Estaba increíble. Su cabello rubio empapado dibujó el contorno de su rostro, de sus facciones femeninas. Sus ojos dorados brillaron en la penumbra de la noche en la que solo la luz de los rayos alumbró. Además, la tenía al lado, mimándome con sus manos, con sus pechos tan cerca de la boca, casi desnudos y preparados para mis labios.

La electricidad recorrió mis terminaciones nerviosas, algo despertó en mi interior, el fuego en mi vientre bajo aumentó y la sangre colmó mi cuerpo cavernoso hasta que la tienda de campaña se alzó.

Admiré su boca, la sonrisa suave que estiró sus labios, sus dedos que acariciaron mis mejillas, barbilla y boca. Su mirada se dulcificó.

—Mami está para ti, mi pequeño bebé, y te va a cuidar y proteger de todos —susurró entusiasmada con su nuevo rol, con esa nueva forma de verme, como el hijo que nunca iba a salir de sus entrañas si se quedaba con mi padre.

Me perdí en su anhelo, en sus ojos dorados que brillaron, en sus curvas que se acoplaron para invitarme a tocarlas, a sentirla, a cumplir su deseo de ser mi mami.

Una sensación diferente llenó cada célula de mi cuerpo de electricidad, y lo supe. La quería para mí, quería su dulzura, quería darle todo lo que papá le arrebató, quería que volviese a sonreír, a brillar, que se sintiera mujer, mi mujer.

Sería su pequeño, su bebé, y luego, ella sería mía.

CAPÍTULO 3

G E M I D O S S E C R E T O S

Tras una larga ducha, y con la llegada de mi padre que ayudó a Rose a llevarme a la cama después de secarme, quitarme los pantalones y vestirme con algo más apropiado, papá se ocupó de darme algo para la infección que ocasionó todos los síntomas.

De no mejorar, me llevaría al hospital, por suerte, eso no sucedió.

Cansado, me dejaron dormir, o al menos eso creyeron, cuando lo cierto es que las palabras de Rose no abandonaron mi cabeza, no pude dejar de pensar en lo que me dijo, en la necesidad que surgió de su interior, no solo de cuidarme, sino también de convertirse en mi figura materna.

No quería aquello, sin embargo, sí quería que fuese mía y si aquel instinto la hacía acercarse a mí... no era nadie para privarla de lo único que la tranquilizaba.

Papá y Rose salieron de mi cuarto. Mi padre, como el imbécil que era, miró mal a Rose por mostrarse frente a mí en esas «fachas». Lo dijo como si tuviese la culpa de estar mojada, cuando solo ayudó a bajarme la fiebre.

Para su mala fortuna, lo escuché todo desde adentro. Hubiese preferido no hacerlo, porque entonces descubrí algo más sobre mi dulce y preciosa madrastra que no supe cómo procesar en ese momento.

—¿Por qué estás vestida así, Rose? —inquirió papá con el tono tenso y casi pude ver cómo rechinaba los dientes al apretar la mandíbula como perro de pelea.

—No tiene nada de malo, solo es... ropa —sugirió Rose con la voz suave y sus pasos se escucharon a través de las paredes.

Se acercaron, de eso no me quedó la menor duda. La lluvia amainó desde hace unos minutos y se podía oír la caída de un alfiler.

—No es solo ropa, Rose. Se te ven las tetas, tus deliciosas y jodidas tetas que quiero follarme —rugió papá y se me tensó el cuerpo al saber cómo le hablaba, la manera en la que siseó la última palabra al dejar salir el aire entre los dientes.

—Amor, no seas así, sabes que André me necesita y no podemos...

—¿No podemos? —la cortó papá y el trastabille de sus cuerpos que tropezaron con un sillón que hicieron chillar me alertó—. Dímelo otra vez, putita, y te cerraré la boca con mi polla.

Tragué saliva, el cuerpo me tembló.

Alguna vez, en medio del duermevela, escuché los gemidos de Rose, supuse lo que era, pero casi siempre pasaba cuando peor me sentía, así que nunca estuve seguro de que el sexo entre ellos fuese tan... ¿explosivo?, ¿agresivo?

—Amor, no hagas eso. André nos puede escuchar —jadeó Rose y su voz sonó demasiado ardiente para ignorarla.

De haber tenido fuerzas, me hubiese levantado para verla suplicar, para descubrir qué le estaba haciendo papá, qué le gustaba.

—Deja de decir tontería, putita. —El chasquido del golpe me hizo abrir los ojos y tras la palmada, vino un gemido entrecortado, femenino.

Papá ronroneó y jadeó.

—¡Antonio, por favor, no me toques tan fuerte! —lloriqueó—. Sabes que se me van a poner moradas las tetas si me las tocas con tanta... —jadeó agitada.

Los músculos se me tensaron y se me templó el vientre. No estaba seguro si aquello me excitó o, por el contrario, quería que se detuvieran. Escuchar a Rose disfrutar de las «caricias» de mi padre me inquietó.

Los gemidos y sollozos de Rose aumentaron y las succiones de papá sobre su cuerpo se hicieron más ruidosas, al punto que el sorbido de su boca sobre su piel, su carne turgente, repicó en mis oídos.

—¡Eso te ganas por zorra! —Plas, la nalgada o golpe resonó en la casa, así como el gritito de gusto de Rose—. Eres tan putita que no aguantas a que tu macho llegue a casa para restregarte contra otro, incluso cuando solo es un crío que ni le salen los pelos en los huevos —se quejó papá y el estallido de otro azote me frunció el ceño.

No me hizo gracia que papá me describiese de esa forma, casi parecía que estuviese acusando a Rose de pedofilia, en lugar de decir las cosas como eran.

Respiré con dificultad.

—¡Qué dices! No seas así, amor, André es mi bebé, no le haría algo así, no... —el jadeo cortó lo que estaba por decir y chilló desesperada cuando el embiste de sus cuerpos eclipsó su sollozo y entendí lo que acaba de pasar.

—Este es el único bebé que vas a tener, Rose. Mi polla es tu bebé, es tu dios, es tu todo —vociferó papá y los aplausos de sus cuerpos aumentaron de decibel.

Rose gimíó, jadeó y algo cayó en medio de sus lloriqueos, mientras papá gruñía y se la follaba con fuerza, como una bestia. La azotó más veces, pero Rose no lo detuvo, jamás hizo o dijo nada para contravenirlo, al contrario, tras unos minutos, comenzó a pedirle más, casi se lo exigió. Así como el sonido de sus cuerpos se hizo más acuoso.

—Mira lo zorrита que eres, Rose, ¡estás mojando el piso! —se burló papá y ella gritó de excitación, fascinada con lo que estaba haciéndole.

Los resoplidos y gruñidos de mi padre sofocaron los gemidos femeninos de Rose, hasta que sus cuerpos encontraron una nueva forma de sonar y, en poco tiempo, la violencia de sus actos provocó que papá bramara como un perro salvaje.

—¡Toma mi leche, puta de mierda! —vociferó con crueldad, con la voz rasgada por la lujuria, mientras que los lamentos de Rose se escucharon por lo bajo.

Guardaron silencio unos segundos.

—Amor, debo ir a ver a André —pidió entre sofocos Rose.

Papá refunfuñó y los muelles del sillón protestaron con el peso de sus cuerpos.

—Bien... —aceptó mi progenitor disgustado—. Pero aprieta bien el coño para que no se te salga mi leche y ni se te ocurra volver a vestirte. Tendrás que atender a tu bebecito sin ropa, para que sepa la clase de puta que tiene por madrastra —indicó con apremio y un nuevo azote rezumbó en mis tímpanos.

Rose chilló.

—No seas así —le reclamó—. Me pondré la camisa. No voy a atenderlo desnuda, además, que sepas que me voy a quedar con él. Me necesita y tú hueles muy mal ahora mismo. Mi bebé necesita a su mami —apuntó Rose.

—¿Su mami? —chasqueó papá con tono irónico.

—Soy su mami —reprendió Rose que no se dejó apabullar por papá, al menos no para aquello.

—Bien, ¡cómo quieras! Sé su maldita mami, al final, tu coño sigue siendo mío, por mucho que te niegues a reconocer que soy el único hombre que pueda hacer que te corras como la perra que eres, por mucho que reniegues de los cuernos que te pongo todos los días y...

El chasquido de una bofetada me hizo dar un respingo y abrir los párpados, pese a que el sueño me estaba venciendo, incluso cuando mi cuerpo estaba medio despierto por lo que los escuché hacer.

—¡Cállate, Antonio! ¡Eres un... Un...!

—¿Un qué, Rose? ¿Un hijo de puta?, ¿eso es lo que no puedes decir? —pulló papá y se rio por lo bajo sin importarle la bofetada que le encajaron un segundo atrás—. Lo soy, lo sabes, pero descuida, que cuando llegue un hombre que te prenda igual que lo hago yo, te doy mi permiso para follártelo, para ser su perrita. Claro, si es que hallas alguien, porque con lo frígida que puedes ser con otros... —chasqueó la lengua y el sillón se volvió a quejar—. A ver si cuidas bien a André para que tu bebé no se vuelva a enfermar, ya está lo suficiente jodido para que su *mami* no lo cuide bien y sufra otra infección —renegó papá, esa vez, su molestia fue tangible, no se estaba burlando, le achacó mi enfermedad como si fuera su culpa.

Apreté la mandíbula sin mucha fuerza, porque todavía estaba jodido, como mi progenitor recalcó.

Rose calló, no refutó sus palabras groseras, ni hizo un solo comentario a su favor, mucho menos por la crueldad de sus palabras, por la manera en la que le restregó en la cara que le era infiel, pese a que ella solo podía calentarse con él, o al menos eso dio a entender.

Inspiré profundo, el cuerpo me tembló de rabia.

Por unos segundos, el silencio reinó en la casa, hasta que las pisadas fuertes y cansadas de papá se arrastraron hacia la escalera.

Minutos después, Rose entró a mi habitación sin hacer ruido alguno. Como seguía bajo las sábanas, casi inmóvil, solo cerré los párpados lo suficiente para parecer dormido.

Vestida solo con la camisa que bajaba hasta cubrir su sexo, mi madrastra se acercó a la cama. Se sentó a mi lado y me acarició el rostro.

—Mi hermoso bebé, perdona a mami por no cuidarte mejor, por no ser tan buena —suplicó con la voz temblorosa.

Carraspeó y sorbió su nariz.

Con cuidado, peinó mi cabello y se agachó para besarme la frente. Se recostó sobre mi pecho cubierto por una camisa de pijama fresca y besó la cima de mi pectoral.

—No sabes cuánto siento no poder ser mejor para ti —sollozó y me abrazó con fuerza, pegando su preciosa y voluptuosa figura a mi torso huesudo.

Quise arrastrar los brazos y abrazarla, sentir el calor de sus tetas, de su pequeña cintura, de sus caderas pegadas a las mías, quería sentirla, saborear su boca, sin importarme nada más que hacerla sentir bien.

¡Mierda, quería que ella fuese feliz!, que sintiera todo, que experimentara lo que quisiera. Quería protegerla, cuidarla, tratarla como se merecía y hacer que cumpliera cada uno de sus sueños y fantasías.

Si a papá no le importábamos una mierda, a mí sí, y haría lo que estuviese en mis manos para que se arrepintiera por llamarla zorra, puta y mil adjetivos peyorativos que mi bonita Rose no merecía.

Se la robaría, sí, se la robaría y la haría mía, mía para cuidarla, protegerla y hacer todo por ella.

CAPÍTULO 4

E L E N G A Ñ O

En la vida, pocas decisiones he tomado a la ligera. Aquella no fue una de ellas. Cada paso que di para que Rose se convirtiera en mi *mami*... fue estudiado con cuidado. Planeé todo lo que iba a hacer, desde lo mínimo, hasta lo más complicado.

No, no pensaba convertir a papá en una víctima. Si a él no le importaba ser un cornudo de porquería, así como tanto le restregó en la cara a Rose, menos me iba a interesar a mí follar con mi madrastra en su cama, bajo su techo, mientras él seguía pensando que ella no le podía pagar con la misma moneda.

Su arrogancia congestionó mi pecho y tras esa noche en la que Rose durmió conmigo, supe que no la merecía, ni siquiera uno de sus cabellos, sin embargo, le haría sufrir al hacer que ya no sintiera nada por él, al traspasar su deseo a alguien que sí la quisiera, al hacer que solo me deseara a mí.

No, no planeé fugarme con ella, eso sería inútil y solo lo haría ver como la víctima que no era. Hacer que el cuerpo de Rose solo respondiera al mío... sería su castigo.

Mientras estuve en cama, investigué sobre mi enfermedad, la medicación necesaria para tratarla y demás situaciones que me hacían un ser frágil, quebradizo y de salud débil.

Había formas de tratar mi tardío desarrollo, formas de solucionar los males que me aquejaban, incluso de prevenir las enfermedades, aunque eso implicase que durante un tiempo no pudiese hacer mayores cambios y quizá la medicación fuese muy fuerte para mi cuerpo, en especial porque sufriría muchos cambios en poco tiempo.

¡Mejor!

Una sonrisa ladeada se dibujó en mi rostro cuando una nueva perspectiva de lo que pasaría cuando tomase el medicamento y me hormonara para al fin impulsar mi cuerpo a la madurez me hiciera estar frágil por un tiempo.

Sí, podía aprovecharme de ello, de la necesidad de Rose por cuidarme.

Tras pasar por la infección que, por suerte no me duró tanto como otras, acudí a un nuevo doctor que revisó mi caso y me hizo algunas pruebas. Por supuesto, no le dije a papá. Era mayor de edad así que no necesitaba de su consentimiento y logré que me entregaran una copia de mi expediente sin siquiera avisarle.

Él no debía enterarse de nada, porque si lo hacía, se lo diría a Rose, y no me convenía que supiera lo que iba a hacer. Si lo sabía, arruinaría mis planes. Más me valía ser cauto.

Acudir con el nuevo doctor plasmó en mi rostro una nueva sonrisa. El mayor problema para que no me atendieran antes, cuando era más joven, desapareció y ahora, pese a que seguía siendo tan débil como años atrás, parecía que estaba mejor.

—Te daré un combo de hormonas de crecimiento para que comiences con el tratamiento —advirtió el médico tras ver los papeles de mi expediente junto con los nuevos estudios que me hicieron—. Es posible que al principio tengas una desmejora considerable, a veces sucede y viendo el

antecedente, es natural que los especialistas previos tuvieran sus reticencias al seguir, pero creo que esta vez, será diferente —afirmó el especialista—. Ahora, no te prometo que llegues a la altura que seguro te correspondería, pero sí, crecerás. No puedo darte una cifra, pero es seguro que, si sigues al pie de la letra la dieta que te he puesto, los ejercicios y te tomas la medicina en término y forma, puedas ver resultados antes de lo planeado —aseguró con firmeza y una sonrisa tranquila.

Asentí y me fui del consultorio con el pulso acelerado, y el cuerpo más fuerte, aunque lo último solo me duró unos días, antes de que el tratamiento hiciera efecto y entonces, el plan corrió de manera satisfactoria.

Los primeros días no sentí mayor cambio, estaba entusiasmado con la idea de al fin dejar la apariencia enfermiza que me acompañó desde el primer latido de mi corazón. Seguí la dieta recomendada e incluso papá se fijó que estaba comiendo más proteína y me dijo que siguiera así, no pensó que estuviese en un nuevo tratamiento, solo estuvo bien con la idea de que me viese un poco mejor.

Por otra parte, Rose estaba contentísima y me preparó los mejores platillos y se sentó a verme comer con ternura.

—Gracias, mami —agradecí cada vez que papá no estaba y ella sonrió llena de dicha.

No iba a decirle de aquella manera con él presente, no quería alertarlo, en especial porque mi voz enronquecía al llamarla de esa manera y no sabía cómo lo podía tomar mi progenitor.

A la semana y media, tal vez un poco más, una mañana, me desperté sofocado, sin poder respirar, con las manos y pies entumecidos, entre inhalaciones estertóreas y exhalaciones entrecortadas en las que salía mi aliento en pequeñas nubes de vaho que se disolvían con rapidez. Tenía el pulso reventándome los tímpanos, estaba helado y mis manos carecían de color.

Traté de llamarla, de hacer que alguien acudiese a mi ayuda, sabiendo que me faltaba poco para desmayarme y entonces, no la contaría.

El doctor me lo advirtió. Podía ser una causa, podía ser un efecto ocasionado por el nuevo tratamiento.

El estómago se me cerró, el mundo dio mil vueltas y, como pude, con los músculos tensos me arrastré fuera de la cama. Caí con un fuerte estruendo que se elevó por la habitación y, con suerte, por la casa.

—¡Bebé! —me llamó Rose desde la sala.

Aspiré más hondo y traté de que salieran las palabras, pero no hubo forma. El cuerpo me tembló, tenía los dedos cada vez más morados y pequeños fragmentos oscuros emborronaron mis ojos.

Rose entró tras llamar a la puerta y un gritito agudo salió de sus labios al verme tirado en el piso, tratando de arrastrarme hasta el baño donde tenía el inhalador y las demás medicinas para calmar el efecto secundario del nuevo tratamiento.

Corrió para cogerme en brazos, me quitó el cabello de la frente perlada en sudor y me llevó contra sus tetas sin sostén, algo que en ese momento no me importó ni un poco.

—Botiquín —logré balbucir con esfuerzo.

Por suerte, Rose comprendió. Sus ojos dorados, enrojecidos y apurados se enfocaron en los míos y asintió.

Se levantó con prisa y corrió al baño para traer la gran caja de medicamentos que tenía con todo lo necesario.

La visión se me cerró y apenas la vi cuando patinó de regreso a mi lado, tiró la caja a un lado y volvió a cogerme para pegarme a su cuerpo y llamarme en medio de la penumbra.

—¿Qué necesitas, mi bebé?, dímelo y mami lo hará por ti —suplicó con la voz quebrada.

Logré alzar la mano y le pedí el inhalador, pese a que no era lo único que necesitaba, al menos aliviaría mi falta de oxígeno y podría inyectarme la solución para pasar el mal momento.

Se apresuró a coger lo necesario y casi me pone las tetas en la boca cuando se estiró. Al regresar, agitó el inhalador y lo puso en mi boca, accionó el aparato y el polvo seco entró a mi cuerpo que se abrió para recibir una nueva bocanada de aire.

—¡Gracias a todos los cielos! —exclamó al ver cómo respiraba mejor, sus ojos en mi rostro que poco a poco fue tomando color y pude respirar con más calma, pese a que todavía estaba sufriendo los estragos del efecto secundario.

Me mecí entre sus brazos hasta que pude hablar una vez más, hasta que las lágrimas dejaron de brotar de sus ojos tan brillantes como el sol y se apartó el cabello dorado de su rostro angelical.

—Mami, necesito una inyección que está en el botiquín —pedí todavía un poco mareado, pese a que estaba más tranquilo que antes, al menos ya podía respirar mejor.

—Sí, sí, mi pequeño, mami ya te dará lo que necesitas —afirmó apurada y se reclinó sobre mi rostro una vez más, apretando sus deliciosas tetas contra mi cara, contra mi boca entreabierta que se encajó justo por encima de su pezón.

Se estremeció cuando mi aliento caliente espoleó su perla y un gemido suave salió de sus labios. Sacudió la cabeza y retrocedió para verme, con el gesto arrugado y los ojos suplicantes para que le dijera qué hacer.

—En la pierna, inyéctame en la pierna —dije sin poder contener la exaltación en mi tono que salió un poco ronco.

Asintió y preparó la inyección al quitar la protección y ubicar el punto donde ponérmela para que no me doliera, con cuidado y sin apartar sus pupilas dilatadas de mi rostro, me inyectó.

Dejé salir el aire con una exhalación tumultuosa y la siguiente inhalación entró con más oxígeno, mientras mis pulmones se relajaron y el ardor en mi pecho descendió por completo.

Rose me cogió y me acunó contra sus pechos con cariño maternal, mientras me cantó una nana y sonrió al ver que mis ojos se cerraban y mi expresión se relajaba.

—Oh, mi bebé, por un minuto pensé que... —absorbió su nariz y negó con la cabeza, su cabello cayó sobre mi rostro bajo sus tetas que temblaron cuando se contuvo de llorar, tras pasar la emoción que la hizo actuar en lugar de paralizarse.

—Tranquila, estoy bien —aseguré con ronquera, esa vez por el esfuerzo que hizo mi garganta para meter aire antes del inhalador.

Me bajó a sus piernas y me miró con cariño, con una luz brillante que quemó todas mis venas y casi me hace jadear y pedirle que se olvidara de papá, que le daría todo y más.

—Mi niño bonito, mi pequeño especial, mami te va a cuidar, te va a proteger y hará todo por ti —susurró con afecto y me abrazó por un segundo, emocionada de ver el color de mis mejillas y la calidez de mi piel, aunque eso último lo ocasionó ella al restregarme las tetas, no solo en la cara, sino en el cuello y el pecho, como si fuese un hombre de palo y no sintiera la dureza de sus ricos pezones.

Jadeó aliviada y me ayudó a ponerme en pie. Por suerte, la erección que punzó entre mis piernas quedó oculta cuando me senté en la cama.

—¿Qué pasó, mi bebé? Nunca te vi tan mal, aunque reconozco que lo que más me ha sorprendido es que todo se arreglara tan rápido —indicó al hincarse entre mis piernas y mirarme con preocupación, a sabiendas de que ese no era el comportamiento usual de mis debilidades, de mi enfermedad.

Tosí y me peiné el cabello.

—Y-yo —tartamudeé porque quería parecer culpable, o al menos tener cierta apariencia que le hiciera «entender» mi postura.

Alzó las cejas y aguardó, esperando que le dijera algo para justificar la reacción de mi cuerpo.

—Yo... hice algo, mami.

Bajé los ojos por un segundo y volví a los suyos, que estaban atentos a mi rostro, al cambio en mi voz, a la forma en la que me agité cuando su respiración salió profunda y sus tetas vibraron.

¡Estaba impresionante!

Llevaba puesta una camisa de tirantes color durazno que acentuaba la blancura de su piel, así como sus rasgos femeninos y ni hablar de sus curvas apenas tapadas por la tela elástica de la camisa y los pantalones cortos, blancos, que se apretaban a sus deliciosos muslos de miel.

Tragué saliva con dificultad, más por la excitación que por la aflicción que pareció enmudecerme frente a sus ojos.

—¿Qué pasa, bebé? Sabes que puedes decirme todo, mami está para ti y te ayudara con lo que quieras —aseguró con las cejas alzadas para hacer énfasis en sus palabras.

Asentí dubitativo y saqué el aire de los pulmones con un resoplido.

—Hice algo —continué—, fui con otro doctor.

Sus ojos se abrieron al comprender lo que quería decir.

—Yo... ya no quiero seguir igual —reconocí, porque tenía que saberlo, pero no lo haría por completo, no le confesaría la verdad, solo una parte de esta.

Parpadeó y me miró con atención.

—Quiero ser como cualquiera, mami. Ya no quiero enfermar, ya no quiero quebrarme ante el mínimo golpe, no quiero seguir así —negué con vehemencia y me encorvé en mi lugar, olvidándome por un segundo de cualquier otra cosa, porque todo lo que dije fue cierto.

Quería ser un hombre de verdad, tener un aspecto más saludable, una piel sonrojada, que incluso pudiese broncear al sol, los músculos que todo joven presume a esa edad, la estatura que se supone debí tener, quería que el vello me saliera y no fuese solo una pelusilla en mi cara y cuerpo, que mis ojos verdes brillaran como lo hacen los de cualquier persona sana, así como mi cabello oscuro que no debía ser tan quebradizo y delgado.

Rose me miró con tristeza, me recorrió con sus ojos y bajó la mirada a sus manos entrelazadas sobre sus muslos, sobre sus piernas dobladas, hincada a mis pies.

—He buscado información, mami —continué con dificultad, molesto con la forma en la que se estremeció cuando le dije la verdad, cuando entendió cómo me sentía.

Alzó la cabeza y volvió a poner sus hermosas pupilas en mi rostro.

—Fui a otro doctor y él... me recomendó un nuevo tratamiento.

—¿De verdad? —consultó intrigada y sus manos rápido buscaron las mías y me sonrió, como si le hubiese dado una buena noticia.

Asentí despacio y resoplé.

—Pero creo que, por lo que acaba de pasar... —negué con la cabeza para que entendiera entrelíneas.

Sus ojos se abrieron, así como su boquita y la agitación se apropió de sus facciones.

—No... no hay algo más, no lo sé, bebé, tal vez es solo uno de los tratamientos, ya sabes que el amigo de tu padre te ha tratado e incluso te has puesto más fuerte desde que te conocí —trató de ayudar, de reconfortarme.

Sus manos acariciaron las mías y me miró con candor, como si en sus palabras estuviese la solución a mis males.

Negué una vez más, «decaído».

—No, dijo que si fallaba... —bufé—. No hay mucho más por hacer, mami. Lo cierto es que estoy mayor y... —alcé los ojos y la miré con pesar—. Mírame, parezco un crío y soy un adulto. No tengo la altura adecuada, soy débil, estoy en los huesos y mi palidez asusta a todos —apunté con irritación, una irritación real que me hizo quemar las entrañas y temblar con mis palabras.

Sus ojos se irritaron y se mordió el labio por un segundo, para luego sonreír.

—Para mí, eres perfecto. Eres mi bebé, mi precioso y lindo bebé que cuidaré hasta que la eternidad. Además, seguro hay otra cosa y...

—No lo hay —la corté con la mandíbula apretada, sin poder mirarla, sumergido en mi papel.

Se relamió y pensó por un segundo.

—Mi pequeño, siempre hay algo que hacer. Además, estos últimos días has comido mejor, te caíste, es cierto, pero no te quebraste nada —apuntó con ilusión tras pensarlo por un momento.

Alcé los ojos y la miré.

—Es cierto, pero el médico me advirtió que si tenía algún efecto secundario... —siseé y volvía sacudir la cabeza en negativa.

Abrió más los ojos.

—Lo siento, mami, por asustarte, pero no creo que pueda ser más que un debilucho —me quejé molesto—. Si continúo con el tratamiento... Paro cardíaco o respiratorio son mis opciones —mentí.

—¡Qué! —exclamó apurada, se alzó sobre sus rodillas sin abandonar el suelo y me cogió las manos con más fuerza. Sus ojos repasaron mi rostro con movimientos erráticos y su respiración se turbó.

Aparté el rostro.

—No puedo seguir con el tratamiento —aseguré derrotado.

—Y el del amigo de tu padre, él te tenía bien, seguro que puedes volver a comenzar con su medicación y...

—Y no habrá cambios. Solo me lo dan para que papá crea que está haciendo algo, cuando nada de lo que me receta ha hecho que... madure —admití con dificultad, porque era la verdad, porque los mil comprimidos que tomaba al estar bajo la tutela del amigo de papá de poco o nada servían, por eso seguía casi lampiño, por eso mi voz fluctuaba entre la de un hombre y la de un adolescente todavía, pese a que ya no estaba en edad.

Rose tragó con dificultad.

—Seguro habrá algo, bebé —trató de animarme, pero ni ella se lo creyó.

Jadeé derrotado y el cuerpo me tembló.

Dejó mis manos y sus palmas se fueron a mi mandíbula que acarició con cariño y me alzó la cabeza para que la viese.

—Siempre hay algo, mi pequeño —indicó con esperanza.

La miré, la miré con claridad. Era... preciosa, la mujer más bonita del mundo. Tenía la piel tersa, suave y delicada, los labios mullidos y perfectos, no tenía marcado el arco de cupido, pero me parecieron más sensuales gracias a ello. Su nariz era pequeña y tenía algunas pecas en el puente. Sus preciosos ojos dorados me robaron el aliento y me perdí en sus soles.

Me sonrió y mi corazón se desembocó.

—Lo hay —susurré inquieto.

Me relamí los labios resecos, el corazón golpeó mis costillas con cada latido, las manos me sudaron y agradecí que las suyas estuvieran en mi cara, tocándome con mimo, de lo contrario, habría notado mi nerviosismo y las preguntas sobre la veracidad de mis palabras hubiesen surgido.

—El qué, bebé —preguntó sin hacerlo, con los ojos fijos en los míos, expectante, tan quieta que la esperanza de que creyera mis mentiras la indujera a hacer lo que quisiera creció en mi interior.

Aspiré y dejé salir el aire en una pequeña bocanada.

—Hace unos días, cuando hice la investigación, encontré un artículo sobre mi enfermedad y cómo la tratan en Asia. —Aguardó en silencio, intrigada—. Y, bueno, hallé cierta información que nunca pensé que podría ser de ayuda. De hecho, estuve averiguando un poco más y... —dudé un momento—. Es complicado, mami. Es un tratamiento experimental que, bueno, tiene muchas virtudes, pero que solo se ha probado en infantes.

—¿Infantes? —repitió confundida.

—Sí, es que... —bufé y me peiné el cabello, sin saber bien cómo continuar, tenía la idea, pero el nerviosismo y la exaltación me estaban ganando.

Mis ojos bajaron a sus tetas tensas y sus pezones bien formados a través de la tela.

Joder, me iba a ir al infierno por mentirle!

—Dime, mi pequeño, me tienes intrigada y mami solo quiere ayudarte —animó inquieta.

Aspiré y volví a subir los ojos.

—Hace unos años, se descubrió en Asia que los bebés con mi condición mejoraban mucho con la lactancia...

—Oh —gimió al comprender por dónde iba la investigación que supuestamente hice.

—Sí. —Me relajé y se tensó al ver la punta de mi lengua—. Dicen que la lactancia y las proteínas de la leche materna ayudan no solo con la mejor absorción de las vitaminas, sino que también hace que el sistema inmunitario mejore y así. Yo... nunca tuve una mamá antes de ti, mami. No me dieron de lactar, nunca probé leche materna, solo fórmulas —continué incentivado, en especial cuando sus pezones se remarcaron con sus areolas en la camisa.

Sus manos se calentaron y me miró sin poder, si quiera, parpadear.

—Yo no... —masculló sin poder hablar con claridad, indecisa incluso de sus palabras.

—No, dios, no te pediría algo así —acoté perturbado y me removí como si ese no fuese mi objetivo.

Pestañeó confundida.

—No me refería a eso, mami. En realidad, busqué venta en línea de leche materna con la esperanza de hallar. Creí que tal vez habría tal cosa, pero no encontré nada y peor, descubrí que no es lo mismo.

—¿No lo es? —inquirió con la voz aguda y el cuerpo respondiendo a las mil ideas que cruzaron por su cabeza.

Sí, la idea de acogerme como su hijo de verdad la prendió, entre su deseo maternal y la excitación, una combinación a la que iba a apelar, en especial porque, muy en lo profundo, Rose no quería verme como hijo, lo supe cuando me descubrió observándola días atrás bajo la regadera y se mordió los labios y fingió que no supo que estaba excitado, que la tienda de campaña que se alzó en mis pantalones no existía, aun cuando sus dientes apresaron su labio inferior y sus mejillas se sonrojaron.

No, no éramos madre e hijo, no había una relación filial entre nosotros, así que Rose solo estaba dejándose llevar por su necesidad de cuidar de alguien y, al mismo tiempo, por la perversión que mojaba sus braguitas cuando estaba frente a una situación diferente en la que ella complacía a un hombre, eso lo entendí por la manera en la que la trataba papá y ella solo gemía pidiendo más.

—Por desgracia —seguí—, descubrí que la leche materna no es igual cuando se almacena, al menos para personas como yo. Y, ya no sé qué hacer, mami. Creí que el tratamiento sería efectivo,

pero tendré que dejarlo y volveré a como estaba antes. Pensé que... ya no tendría que enfermar, que podría crecer y... —suspiré desanimado y bajé los ojos al suelo.

Rose se quedó quieta un instante en el que todo su cuerpo se anudó, sus ojos buscaron algo en el suelo y huyó de los míos, pese a que no supe si fue consciente de ese último dato.

Tras unos segundos en los que no quise empujarla para que claudicase, aun cuando a todas luces parecía que iba a aceptar, alzó la cabeza y me miró con los ojos brillantes y dulces.

—Eres mi hermoso bebé, André, soy tu mami, claro que puedo hacer eso por ti. No sé cómo, sabes que mi cuerpo no hace eso —negó con la cabeza y su cabello cayó sobre su figura y se metió en su escote profundo en el que quería hundir la cabeza—, pero lo haré, haré lo que sea por mi pequeño bebé.

El miembro me punzó, la sangre se me calentó y me relamí despacio, algo que no pasó desapercibida para sus ojos ardientes que parecían revelar la realidad de su alma lasciva, pese a que se resistía a exteriorizarlo.

—No sé cómo podría darte mis pechos colmados de leche, mi pequeño, pero mami haría lo que fuese por ti. Prometí ser una buena madre para ti, cuidarte, protegerte y procurarte para que crezcas como todo el hombre que eres. Eres mi luz, cariño y... —le tembló la voz de emoción—. Y me encantaría que mis senos te sirvieran para darte la salud que mereces tener. Aunque no sé cómo lo haría, yo puedo, puedo y quiero —afirmó ilusionada, tanto con su papel, como con la idea de alimentar a otro hombre con sus tetas.

La idea de amamantarme con sus ubres grande penetró en su psique y puso vidriosos sus ojos. Sus pezones se endurecieron hasta arrugarse bajo la tela y apretó sus muslos.

La tenía, Rose se convertiría en mi *mami* y ambos disfrutaríamos de aquel perverso juego en el que ella aceptaba complacerme de formas que papá nunca podría hacer y luego... luego solo podría ser mía y solo mía.

CAPÍTULO 5

L A B O C A D E L P E C A D O

—No sé si... —dudó por un minuto, inquieta.
—Se mordió el labio y miró hacia otro lado. Sus dedos se revolvieron sobre su regazo y su respiración truculenta agitó sus exquisitos pechos.

—No te voy a obligar a nada, mami, sabes que quiero que estés cómoda y que...

—Lo quiero hacer —cortó y sus ojos se fueron a los míos, brillosos, pequeños porque no abrió bien los párpados.

Su nerviosismo fue tangible, así como su excitación. Desde la toma de comprimidos que encontré en línea, los pechos se le llenaron por completo, los tenía hermosos, alzados, como dos globos de carne que me hacían salivar, que con cada roce crecían el tamaño de sus exquisitos pezones rosados que metería en mi boca en poco tiempo.

Tragó saliva con dificultad y se relamió los labios.

—Estoy bien, mi pequeño, es solo que... nunca he hecho algo así y no sé si pueda... —intentó justificarse.

Asentí y aguardé. No quería forzarla, que lo sintiera como una obligación, quería que lo disfrutara, que su excitación creciera a cada paso, que me sintiera no como su hijo, sino como el hombre que calentaba su cuerpo, que la hacía arañar las paredes y estremecer su sexo.

—Si quieres, podría hacerlo bajo la camisa —ofrecí para que la vergüenza no me ganase la batalla.

Parpadeó y me miró por un instante, entre la conmoción y el ardor.

Tras un segundo en el que sus manos se paralizaron y no pudo decir palabra, sonrió y se acercó a mi lado, su mano se alzó y me acarició la mandíbula.

—Eres tan bonito, mi bebé, no sabes lo que me haces sentir cuando estoy a tu lado —comentó con aire maternal.

Se inclinó y me besó la frente con delicadeza, para luego alejarse y ayudarme a poner la cabeza sobre sus muslos de miel, mullidos, suaves y gruesos que abriría en algún momento de nuestras vidas.

Ese futuro que creí lejano semanas atrás se acercaba a pasos agigantados.

Con el corazón latiéndome en la garganta, los músculos en tensión gracias a la anticipación, la boca segregando saliva y la respiración trémula, me dejé hacer por sus manos hasta que me llevó a su regazo y me acomodé bajo sus rotundas mamas.

Mis ojos se abrieron al verlas desde esa perspectiva. Quiero decir, más de alguna vez me las puso en la cara, las restregó contra mis labios y demás, claro, todo eso lo hizo «sin querer», pero saber que las tendría en mi boca y podría jugar con ellas... eso cambió todo.

Tragué saliva y abrí los labios.

—¿Lo hago bajo la camisa? —consulté inquieto.

Rose jaló la tela con duda, estaba tensa, cada parte de su cuerpo irradió calor, pero también se sentía diferente. Sus pechos se bambolearon con cada endemoniada inhalación y su abdomen se hizo un nudo cuando mi aliento chocó con su piel.

—Sé cuidadoso con mami, mi bebé —pidió con la voz suave, femenina y lasciva.

Las venas se me prendieron y me regañé para enfocarme en la piel de su abdomen que me fue revelando despacio, tan lento que sentí que el tiempo se estancó y todo alrededor perdió color hasta que solo la vi a ella, a sus tetas que temblaron cuando subió la tela de la blusa y me mostró su deliciosa caída, su redondez que se abría paso a sus pezones erguidos en la punta de sus montes.

¡Joder!

Dejé de respirar, el corazón se me paralizó cuando su camisa me envolvió la cara y me pegó a sus pechos que cayeron sobre mi rostro con pesadez.

Jadeó, un jadeo vibrante en el que se coló su verdadero sentir.

El contacto con su piel casi me hace aullar, lamer y mordisquear su tierno pecho que tenía sobre la cara, en su lugar, me acomodé sobre sus piernas, ansioso de probar la miel de su pezón, aun cuando dudé que saliera alguna gota blanquecina de su elíxir.

Sí, llevaba una semana con los comprimidos, pero, sin estimulación, era insuficiente para que la leche terminara de colmarlos, de momento, solo podía jugar con ellos, algo que me entusiasmó, que hizo que mi corazón latiera con prisa, que mi cuerpo se activara y, pese a que llevaba unos días sin sentirme del todo bien, no desaproveché la oportunidad cuando acudió a mí esa mañana y el juego más perverso que se me pudo ocurrir tomó forma en simples acciones que me hicieron llegar a ese momento.

—**B**ebé, creo que los comprimidos no están funcionando —indicó tras sentarse a mi lado, en la cama. Apenas acababa de despertar, estaba en el mundo de Morfeo cuando llamó a mi puerta y, vestida con un camisón de seda que dejaba muy poco a la imaginación, entró. Tenía las mejillas coloradas como dos jugosas fresas de campo, sus labios estaban más rojizos que nunca y creí entender el porqué: se los estuvo mordiendo antes de despertarme. Su cabello rubio cayó en cascada sobre sus delicados hombros expuestos, sobre su escote profundo que permitía ver el canalillo estrecho que dividía sus cumbres. Sus caderas estiraron la tela del camisón al sentarse, subiendo la faldita hasta cubrir su sexo, pese a que, por la posición de sus piernas, vi las braguitas que llevaba puestas, ese triángulo verde manzana que abrigó lo que más quería ver, mi deseo más oscuro, en lugar que quería habitar y colmar con mis efluvios.

—Yo... me los he tomado como decía la receta y, si bien me han crecido los pechos —pronunció con dificultad—, no hay ni una sola gota todavía —indicó sin llamar a las cosas por su nombre.

Carraspeé y me senté antes de que se diera cuenta que me estaba provocando una potente erección. Cogí la almohada y la puse sobre mis piernas y la miré, pensativo.

—En la página hablaba de algo más. —Me rasqué la barbilla—. Creo que había que estimular la zona, pero no estoy seguro.

—¿Esti-mular? —inquirió perpleja y sus ojos se abrieron hasta que sus pestañas tocaron el párpado.

Miré hacia las sábanas, para que no notase que su ingenuidad me estaba quemando las entrañas, que la forma en la que sus ojos se encendieron habló de su deseo oculto.

Me rasqué el cuello y resoplé.

—Sí, bueno, no sabía cómo te lo ibas a tomar, mami, pero en la página advertía que, junto con los comprimidos, debía haber estimulación en la zona, que debían ser succionados y... —Sacudí la cabeza—. Supuse que te ibas a sentir incómoda si lo hacía.

Alcé los ojos con falsa vergüenza y la miré por un instante, en el que ella se quedó prendada de mi rostro, como si no pudiese comprender del todo mis palabras.

Aspiró aire por la boca, como si pensara decir algo, pero luego calló.

—¿Entonces, debes... succionar? —preguntó con reticencia, con los ojos que fueron de los míos a mis labios, tratando de no delatar la necesidad que espoleó sus pezoncitos que se irguieron por completo con la idea.

—También podría conseguir un «sacaleches», pero papá...

—No, no, sin nada que vea tu padre, no quiero que pregunte —se adelantó.

Aguardé por un instante en el que vi su rostro encendido, ya no solo sus candorosas mejillas, el calor subió y se esparció hasta llegar a su delicado escote, a sus senos que pesaron con cada aspiración.

—Si es así, solo queda... mi boca —apunté con falsa vergüenza.

Rose pareció pensarlo por un momento, sus pupilas se dilataron y admiraron mis labios entreabiertos, la forma en la que se curvaban en el arco de cupido, lo delgados que los tenía, el color rosa suave.

Se mordió el carillo y asintió.

—Lo haré por ti, bebé, haré lo que sea por ti —aseguró con la voz ronca, con el cuerpo tenso.

Se humectó los labios y aseguró que haría todo por mí.

No es que dudase de su franqueza, de su alma pura que creía estar haciendo lo correcto, ayudándome en mi recuperación, sin embargo, no solo fue incitada por su candor, por la necesidad

de cuidarme, de reconfortarme con su cariño maternal, sino que también llameó en su interior el fuego de ser tocada por otro hombre, la lujuria que pedía ser desatada no solo con papá, sino conmigo.

Rose era muy dulce para notar ciertas reacciones, muy reprimida para abandonarse al placer, sin embargo, le iba a mostrar el camino para reconocer su verdadera naturaleza, me lo prometí cuando le dije que lo intentaríamos esa tarde, cuando papá no estuviera en casa.

* * *

Me acomodé sobre sus piernas, un gemido suave escapó de sus labios. El roce de mi rostro con sus turgentes tetas la alteró más de lo que esperaba.

Aspiré hondo, para contener el deseo de atacar sus pechos, de devorarme sus pezones y corromper su cuerpo hasta llegar al final. No podía hacer aquello, iba en contra del plan, por mucho que la idea me activara, que me engrosara los músculos y me hiciera salivar cual perro hambriento.

—¿Estás bien, bebé? —preguntó Rose, inquieta porque todavía no la tocaba.

Una de sus manos buscó mi rostro bajo su camisa, que estiré por completo, y me acarició con ternura.

—Sí, tranquila, solo quiero saber si estás segura —respondí más para seguir en mi papel de caballero que por otra cosa.

Tenía una estrategia a seguir que no solo incluía portarme bien con Rose, hacerla sentir cómoda y poco a poco aumentar el calor de mis roces, succiones y lamidas, sino que también tenía que estar fuerte para ella.

Llevaba más de un mes en tratamiento, un mes en el que tuve dos inconvenientes producto de la medicación, el primero con el que convencí a Rose y un segundo que nadie supo, gracias a que metí parte de la medicación en el buró al lado de la cama. Me inyecté tan rápido que Rose no se dio cuenta, aun cuando entró a mi habitación unos minutos después para despertarme. Sin que supiera, estaba haciendo ejercicio, no lograba entrenar mucho, pero las pesas tiradas por papá en el garaje ahora estaban en mi armario, escondidas. Tenía que fortalecerme para crecer. Fue una suerte que mis huesos no hubiesen soldado y que mi cuerpo aceptara, en la medida de lo posible, la bomba de hormonas que el médico me dio, de lo contrario, hubiese sido un problema mayúsculo.

—Estoy segura, bebé. Creo que... esto puede ser bueno para nuestra relación —comentó Rose, ilusionada, con una pizca de excitación en su tono cantarín.

—¿Lo crees? —inquirí y se me fruncieron las cejas, porque aquello no tenía sentido.

—Claro, mi pequeño. Las mamis amamantan a sus bebés al nacer y crean un vínculo inquebrantable, y eso no cambia solo porque eres mayorcito. Sigues siendo mi dulce bebé y pronto mami te nutrirá y crecerás grande y fuerte.

La alegría de su tono me hizo tragar saliva con dificultad, no solo porque se estaba mintiendo para afrontar el acto impúdico que íbamos a cometer, sino porque me gustó que lo hiciera, que quisiera seguir en su burbuja rosada donde solo lo estaba haciendo por mí, por mi salud.

Los labios me hormiguearon, la lengua me picó, la boca me salivó y deseé marcar su seno que se apretó contra mi rostro, que cayó con pesadez y suavidad contra mis labios.

Metí una mano bajo su camisa que estaba tan estirada que dudé que le sirviera después. Mis dedos cosquillearon cuando toqué su pecho con la punta para alzar la cabeza y dejar caer su redondez donde más la necesitaba.

Un gemido sofocado salió de sus labios.

—Sé gentil con mami, mi bebé —suplicó con la voz estremecida y su mano acarició mi rostro con candor.

Me relamí antes de besar la curvatura de sus pechos, de alzar su seno turgente y llenarlo de pequeños besos que la hicieron ronronear de placer.

La sangre bulló dentro de mis venas, elevando cierta parte de mi cuerpo que ubiqué estratégicamente para que, aun si se alzaba, Rose no se diese cuenta de nada.

Tragué saliva y besé su areola, solo el borde para no tocar el pezón. Mami gimió y tembló bajo mi cuerpo, pese a que la empujé hacia el respaldo del sofá y me puse mejor sobre su torso, sostenido por una sola mano para poder succionar mejor.

Rodeé la areola crispada con la lengua y Rose vibró, excitada.

—Más suave, mi pequeño —suplicó, pese a que supe que quería todo lo contrario, algo en su tono la delató.

Cerré los ojos y me abandoné a la embriagante situación.

Lamí su pezón desde abajo, enviando un latigazo de placer que repercutió directo en su sexo y que le hizo agarrarme el rostro con más intensidad, como si quisiera pegarme a su teta que me esperó tirante a pocos milímetros de mi boca.

Saqué la lengua y la pasé por alrededor de su areola, provocando que gimiera, que retuviera el aire por un segundo y luego lo expulsara entrecortado.

No lo resistí, saber que estaba tan sensible y necesitada pudo con mi cordura y cogí su pecho desde abajo y lo llevé a mi boca para succionar su perla con ardor.

Lo hice, succioné, besé, lamí y mordisqueé su pezón, para después calmarlo con mi boca, con mis labios que estiraron su perla rosada, mientras Rose gimió, lloriqueó y se arqueó para mí, sin que necesitase pedir más con su boca, su cuerpo lo hizo.

Chupé su pecho con necesidad, pasé la lengua por su perla y, sin saber cómo, sin creer que sucedería a la primera, una pequeña gota de leche estalló contra mis labios y el tiempo se detuvo.

Rose jadeó sin aire, su cuerpo tembló en medio del nirvana, del sueño. Y yo, yo dejé de respirar, el mundo dio mil vueltas y degusté su sabor por primera vez, un sabor exquisito, dulce, lechoso con una pizca de almendras que enarboló mis papilas gustativas y me hizo gruñir por lo bajo.

—Mi pequeño... —lloriqueó Rose, y sin que previese sus movimientos, me apretó contra su seno para rogar por más y se lo di.

Succioné su teta, la lamí, mordisqueé, apreté con mis labios en busca de otra gota de delicioso elixir que tardó en llegar. Apreté su pecho con hambre voraz y me aboqué a la tarea de incitar el pezón, de succionar con fuerza, de lamer cada que el ardor la hizo apretarme, enredar los dedos con mi cabello que destapó porque nos revolvimos en esa danza pasional en la que mi boca y su seno fueron los protagonistas.

Chupé con avidez, hasta que tiritó entre lamentos femeninos y se arqueó por completo, por un instante en el que se tensó y luego vibró. Un chorrito pequeño de leche colmó mi paladar por un segundo en el que la degusté, bramé y me quise prender como una bestia de su cuerpo, desvestirla y tomarla en ese instante.

—Mi bebé... —jadeó y me acarició la cabeza con cuidado, aun entre estremecimientos.

Lamí su pezón para calmar la sensación, el fuego que enrojeció su piel y marcó mis labios en su carne.

Jadeante, me separé de su pecho, me relamí los labios y alcé la cabeza para mirarla por el halo de luz que se coló del escote de la camisa estirada y maltrecha.

Casi no podía respirar, tenía el cuello doblado hacia atrás, los labios entreabiertos y la piel de la frente perlada con pequeñas gotas de sudor.

Sonreí sin poder evitarlo al ver el rostro de la lascivia. No solo no me detuvo cuando fui brusco, cuando calenté su pecho como un animal, sino que le gustó tanto, que se corrió con mi boca.

Lamí una vez más el pezón, con malicia. Tembló, su labio inferior se sacudió y luego se lo mordió.

Sí, tenía a Rose entre las manos, y pronto, cuando cogiera fuerza, cuando lograra contener mi

deseo para hacer el estallar el suyo, la doblegaría hasta que solo existiera la mujer que quería complacerme a mí, la que acababa de regalarme las primeras gotas de su leche materna, la misma de la que me alimentaría hasta crecer grande y fuerte para ella.

CAPÍTULO 6

D U L C E , D U L C E R O S E

El tiempo a su lado dejó de tener sentido. Cuando papá estaba en casa, nuestra relación parecía «normal». Rose se comportaba casi como siempre, a excepción de que era en extremo cariñosa. Me abrazaba a la mínima provocación, me besaba la frente, las mejillas y me sonreía con calidez sin importar que papá la regañara por «malcriarme», sin saber que era la excitación la que la ponía tan susceptible al calor de mi cuerpo, al punto de necesitar tocarme más de lo necesario.

Cuando el viejo se iba, era mi momento favorito, ese instante en el que me buscaba para que le drenara las tetas que crecieron un poquito más cuando se llenaron de deliciosa leche que succioné hasta enloquecer.

Sí, Rose y sus tetas grandes y jugosas se convirtieron en mi delirio. Soñaba con el momento en el que la follaría al mismo tiempo en el que drenaría su leche.

Los primeros días no dejaron de ser peculiares. La timidez me hizo estar bajo sus blusas en más de alguna ocasión, hasta que dejó de usar camisas grandes y las de tirantes finos las remplazaron y, entonces, en un momento, todo cambió.

Ese día, casi muero de calor.

Me acosté sobre sus muslos desnudos, solo llevaba un short elástico, negro, que muy poco cubría, y cuando se sentó, se acentuó la suavidad de sus piernas, así como el pequeño triángulo que ocultaba su sexo.

En cuanto se fue papá, se quitó el suéter tejido que tenía puesto y se quedó con la camisa blanca de tirantes que muy poco dejaba a la imaginación.

Sus ojos siguieron a mi progenitor cuando salió de la casa, se mordió el labio inferior, por un segundo, dudó, no obstante, al girar el rostro, la resolución alcanzó sus preciosos ojos de sol. Con timidez, me preguntó si podía ayudarla con sus pechos cargados de dulce leche.

—Me duele un poco, mi bebé. ¿Podrías ayudar a mami? —consultó con los ojos brillantes, mirándome entre sus pestañas espesas y bien perfiladas por el suave maquillaje que las oscureció.

Se mordió el carrillo y su respiración se aceleró.

Creí morir cuando me miró de esa manera, cuando el deseo enarboló sus mejillas y apretó sus deliciosas tetas para mostrarme su canalillo al alzarlas con los brazos pegados a los costados.

Estaba tan bonita, que tuve que tragar saliva y pasarme las ganas de decirle que quería hacer más que succionar su caliente leche, que quería follarla y amamantarme de sus tetas hasta que se corriera una tras otra vez.

Sin que le lograra responder, se bajó del taburete de la cocina-comedor y me tendió la mano para que la siguiera hacia la sala, donde nuestros encuentros ocurrían.

—Mami tiene que alimentar a su pequeñito, ¿verdad? Mi bebé me va a ayudar a que el dolor se calme —soltó como si tal cosa y se sentó en el sillón para después jalarme y llevarme a sus piernas.

Me relamí al ver sus pechos. Mis manos se movieron para jalar la camisa y meter la cabeza

debajo de la tela, pero Rose me detuvo al poner su mano sobre la mía.

Mis ojos ascendieron a los suyos y la miré por un segundo sin comprender la forma en la que sus pupilas se dilataron.

Aspiró hondo antes de hablar.

—Ya no puedo perder más blusas, bebé. Me estoy quedando sin ropa, así que... —tragó con dificultad y sus ojos bajaron a mi boca entreabierta—, quizá sería mejor si... —dudó un segundo—, sería mejor si me sacó los pechos.

Se mordió el labio inferior con fuerza y su respiración se agitó hasta que sus tetas vibraron.

Asentí sin poder decir más.

En lugar de subirse la camisa, se sacó los pechos, ambos, por el escote, jalando la camisa hacia abajo, para después acomodarlos frente a mi rostro con extremo erotismo, entre jadeos cortos que trató de apagar.

Me tensé, la sangre se me volvió lava volcánica, el miembro se me engrosó y palpité con violencia.

Era la misma imagen del pecado, de la lujuria, encima, podía ver su rostro, cada gesto que desmadejó sus facciones y reflejó su deseo más ominoso.

Mi mente, antes un hervidero, se solidificó con una sola idea, misma que me hizo entrecerrar los párpados y aguantar la sonrisa maliciosa que quiso dibujarse en mis labios.

Rose estaba ansiosa por ver lo que le iba a hacer, de eso no me quedó la menor duda, y yo estaba dispuesto a presentar el mejor espectáculo.

Me estiré sobre sus piernas, apoyando el mayor peso sobre mi codo, no quería que se sintiera invadida, así que lo hice despacio. Cogí uno de sus pechos y besé la punta. Tembló y cerró los párpados por un segundo, para luego abrirlos con urgencia.

La besé, lamí y succioné su pecho con cuidado, elevando su anhelo, hasta que su mano buscó mi rostro, hasta que su piel se tintó como una preciosa amapola, con los labios entreabiertos donde gemidos cortos salían para penetrar mis oídos y acariciarme como el encanto de una sirena.

Saqué la lengua y lamí el pezón que ya tenía una gota de leche en la punta. Jadeé al saborearla y eso hizo que temblara y sollozara de placer.

—Bebé, sé bueno con mami. Mami necesita que su pequeño le coma los pechos para sosegar el calor de su cuerpo —instó con apuro, atribulada con el tiempo que me estaba tomando, en especial cuando casi siempre alcanzaba el orgasmo solo con mi boca succionando su teta, alimentándome.

La miré con fingida ternura, hice que mi gesto se suavizara y verme mientras me metía su pezón a la boca le hizo contener el aliento.

Succioné con suavidad, tan suave que solo le saqué un chorro de leche.

Gimió y su mano libre se fue al sofá para empuñar la tela entre sus dedos. Arqueó la espalda para presionar mi rostro y rogar por más, pero, esa vez, no se lo di.

Lamí con más fuerza, maltratando su pequeña perla que lloró y lloró dulce leche, hasta que sus venas se crisparon y la estimulación hizo que saliera más y más néctar blanquecino que tragué con avidez.

Sus sollozos aumentaron, sus ojos se abrieron para admirarme, mientras su mano acarició mi mandíbula y me apresó la cabeza para meterse más en mi boca, con la urgencia de ser devorada por mis labios.

Sorbí con fruición, sin perder de vista su rostro, sus labios entreabiertos, sus ojos en pequeñas rendijas en las que apenas se miraba los dos soles dorados.

Mi cuerpo respondió a su ardor, a la necesidad que corroyó sus venas y le hizo lactar en hilos gruesos hasta llenarme la boca. No lo resistí mucho más, la calentura me nubló el juicio y sorbí con

más ímpetu, succioné, eufórico, hasta que su pezón estalló en mi paladar, la leche me inundó y obligó a tragar y tragar para no derramar ni una sola gota, pese a que pequeñas lágrimas blanquecinas resbalaron de mis comisuras.

Rose se estremeció, su piel se perló con una ligera capa de sudor que adornó su sonrojo, se arqueó tensa antes de que la liberación de mis succiones la liberara y se mordiera el labio con brío para no gritar.

La observé con rigidez, quería más, por supuesto que quería más. Deseé un orgasmo arrebatador que la dejara sin poder respirar, que la hiciera empapar sus shorts cortos, que la desconectara de la realidad para que me pidiera más, para que exigiera convertirla en mi mujer una y otra vez.

Lamí su pezón cuando se aferró a mi cabeza y casi me deja sin poder respirar. Por un momento, se sostuvo a mi cuerpo, hasta que, laxa, cayó sobre el sofá y se peinó el cabello, agobiada con todas las sensaciones que la embargaron.

Jadeante, con los músculos engrosados, con la polla palpitante y húmeda, me separé de su pecho.

—*¿Estás bien, mami? —consulté con fingida inocencia, sin apartarme de su regazo, interpretando mi mejor papel.*

Aspiró oxígeno con dificultad, abrió los párpados y se apartó el cabello del rostro.

—*Sí, lo siento, mi bebé, es que a veces te nutres tan fuerte de mis pechos, que me produce un intenso calor —se justificó sin querer aceptar la realidad, como si ambos fuésemos ignorantes de lo que había pasado.*

Asentí y entonces me fijé un poco más en su cuerpo, en su trabajosa respiración que hizo temblar sus pechos, uno más tenso e inflado que el otro, pese a que un riachuelo mojó su cumbre desde el pezón hasta empapar su blusa de tirantes. Bajé los ojos sin querer, a sabiendas que seguía recuperándose y que su atención no estaba en mí, y lo descubrí, descubrí su aroma más sutil, un aroma diferente que jamás sentí gracias a mi inexperiencia sexual, no obstante, pese a todo, algo en mi interior supo de dónde venía: justo del pequeño círculo entre sus piernas, tan pequeño, que me costó verlo a través de la tela negra, sin embargo, fue suficiente para torturar mi cuerpo y mortificar mi nariz con su esencia femenina que cosquilleó en mis fosas para adentrarse a mi sistema y prenderme en llamas.

Inhalé y exhalé con dificultad, prendado de su lascivo cuerpo, de sus exuberantes curvas que me llamaron, que me pidieron ser doblegadas.

Pero todavía no podía, no tenía el porte, la resistencia ni la habilidad para complacerla, además, el propósito de nuestro trato acabaría si le demostraba que estaba más fuerte, que había crecido y ya no estaba tan flacucho como antes, que la alimentación fortaleció mis músculos al igual que el ejercicio y que mis huesos ya no eran frágiles.

Mi cuerpo cambió, incluso mi miembro pareció crecer con la bomba de hormonas que ingería todos los días, sin embargo, todavía no era el momento.

Así que...

—*¿Quieres que te alivie, mami? —inquirí con fingida inocencia cuando sus ojos buscaron los míos y el calor flameó en sus iris dorados, en sus pupilas dilatadas.*

Tragó saliva y asintió sin poder hablar, presa de la locura que nos unía, de esas largas sesiones en las que el tabú y la concupiscencia nos hacían cumplir un papel que, en realidad, ninguno de los dos se creía, no en realidad.

CAPÍTULO 7

D E S E O

Pese a que sus orgasmos se hicieron más tentadores, pese a que sus ojos se quedaban en mi rostro cada vez que me alimentaba de sus tetas, no me dejé llevar por el ardor que quemó mis entrañas, no podía.

El tiempo pasó, me ayudé de mi debilidad para fortalecer mi mente, para no sobrepasar el juego y saltar al paso final. Antes de avanzar, tenía que enloquecerla. No podía permitir que su timidez, que su prudencia o cualquier tontería nos separara.

Solo podría actuar una vez su cuerpo estuviese tan encendido, que se le olvidara los lazos filiales que nos unían, de su matrimonio obsoleto con papá, del prejuicio, para caer en la locura de la concupiscencia.

Sabía que cada vez tenían menos sexo, que Rose lo rechazaba a menudo. Los escuché. Desde que ya no enfermaba tanto, estaba más pendiente de sus interacciones, de la forma en la que actuaban dentro y fuera de su intimidad.

Papá parecía cada vez más lejano, pasaron noches en las que lo encontré durmiendo en el sofá, el mismo que ocupaba para succionar las deliciosas tetas de su mujer. Sonreí cada vez que lo vi encogido en el sofá y seguí con mi camino directo a traer un vaso de agua o cualquier tontería que me hizo salir de la habitación.

El colmo fue una noche en la que los oí gritar. Pelearon, no supe bien las razones. Estaba dormido cuando papá llegó y algo pasó entre ellos que Rose salió de la habitación dando un portazo y bajó las escaleras con prisa.

Iba descalza y con solo una bata encima cuando entró a mi habitación.

Fingí estar dormido y no me moví ni un centímetro cuando subió conmigo a la cama y se abrazó a mi cuerpo, como si le faltara mi cobijo.

—Mami te necesita, mi bebé —susurró con la voz quebrada y hundió la cabeza en el hueco de mi cuello.

Murmuré algo para que creyera que seguía dormido, pese a que fui inteligente para moverme y hacerle creer que seguía en el mundo de Morfeo para llevar un brazo por sobre su cuerpo y abrazarla como si fuese otra de mis almohadas.

Jadeó y pegó sus pechos casi desnudos a mis pectorales.

—Mi bebé está más fuerte —balbució sorprendida al sentir mi torso cubierto por una suave camisa contra sus protuberantes tetas que se friccionaron por un instante sobre la tela.

Estaba completamente erguido, no lo pude ocultar, la tenía tan cerca, con su aroma femenino intoxicando mis venas, con su calor alzando el mío, con sus curvas encajado con mi cuerpo cada vez más fuerte, que me hizo alzar las velas y surcar el mar de lo impropio.

Un gritito pequeño salió de sus labios cuando se removió y sintió mi dureza.

Se revolvió inquieta y se alejó por un segundo, pero como no me moví, creyó que seguía dormido, así que se volvió a acercar y puso su pierna justo frente a mi erección, al mismo tiempo

que posó la cabeza sobre mi pectoral y se meneó un poco para sentir mi longitud.

Fue algo instintivo, un deseo animal que la hizo actuar sin entender que me estaba masturbando con su muslo, que me estaba tocando con su cuerpo casi desnudo, porque debajo de la bata de seda, no llevaba nada, lo supe al despertar por la mañana, cuando la vi abrazada a mi cuerpo, todavía pegada a mi pecho, con la pierna sobre mi cadera, y la tela corrida de la prenda que no alcanzó a cubrir sus tetas ni su trasero.

Fue una suerte que no se moviera más y que se durmiera tras unos minutos en los que me olfateé y murmuró algo que no logré comprender, pese a que sí distinguí dos palabras: mami y pequeño.

Por supuesto, fingí estar dormido hasta que de verdad volví a perder la consciencia y cuando desperté en la mañana, solo seguí abrazándola hasta que Rose se levantó, me dio un beso en la mejilla y se fue como entró, sin decir ni una sola palabra, sin reconocer que no me veía como a un hijo, ni mucho menos como alguien con quien no debía intimar.

Lo sentí en cada parte de mi cuerpo, del suyo: Rose me deseaba. Mi madrastra quería aquella fantasía de mantenernos en nuestros roles, quería que le siguiera llamando «mami», que fingiera que su leche era lo que me estaba haciendo crecer, parecer más hombre, al punto que ya tenía vello facial.

Poco a poco iba cayendo en el juego del rol, en la necesidad de tener una relación prohibida con el hombre que se suponía debía querer solo como su hijastro, y ese simple hecho, me la puso durísima.

Mami era tan divertida y pervertida como el tonto de papá dijo, quizás hasta más de lo que él pensó en un primer momento, sin embargo, el gran Antonio Gallagher no iba a aprovecharse de su exuberancia, no volvería a follarla. Rose sería solo mía, lo prometí y cumpliría con mi deseo.

Al final, ya no faltaba mucho para que mi cuerpo terminase de desarrollarse, para que mis aptitudes como amante despuntaran. Pese a que no pretendía tener relaciones con otras mujeres, investigué lo suficiente para entender lo que tenía que hacer, cómo hacer que Rose estallara en una catarsis sensorial cuando me tuviera entre sus exquisitos muslos de miel. Lo estudié todo, me metí a foros femeninos para preguntar y practiqué para contener mi deseo, para hacer durar mi erección por mucho tiempo.

Sí, me masturbé pensando en ella, fantaseé con su cuerpo doblegado ante mí, sumisa, esperando que le diese lo que tanto deseaba, a que me metiese en su canal húmedo para corromper su mente y cuerpo.

No era de ver pornografía, y tampoco quise masturbarme solo para alcanzar mi placer, por el contrario, imaginarla en cada parte de nuestros encuentros, pasar por cada fase de su excitación... quería verlo todo al cerrar los ojos. Mi resistencia aumentó a base de mantener la mente enfocada en su placer y no en correrme como un crío.

Por supuesto, el ejercicio que fue aumentando de intensidad a medida que los meses pasaron también ayudó no solo a fortalecer mi cuerpo, sino también mi resistencia. Mi capacidad pulmonar cambió drásticamente, así como fisonomía pasó de ser la de un esqueleto cubierto de piel al de un joven sano, con músculos definidos naturalmente. Si bien no tenía el cuerpo de un adulto que pasa horas y horas en el gimnasio, sí podía presumir de la definición estilizada y atlética de un joven en su veintena.

Había crecido, las hormonas ayudaron a mis huesos a dar el último «estirón». No sería más alto que papá, pero él y Rose reconocieron que me estaba acercando bastante a su altura.

No, no llegaría al 1.8 m, no obstante, ya era mucho más alto que Rose, y aquello era suficiente para mí. Estaba en los 1.77 m, una estatura nada despreciable, en especial si se tenía en cuenta el

rápido desarrollo de mi cuerpo.

Estaba por alcanzar mis metas, no solo de mi desarrollo, de mi enfermedad que se empequeñecía a medida que mi cuerpo cambiaba, haciendo que las infecciones fuesen menos recurrentes, que mis huesos no se resquebrajaran a la mínima oportunidad, sino que también estaba más cerca de hacerla sucumbir, lo entendí la segunda noche que llegó a quedarse a mi cuarto sin que papá lo supiera.

Salió de su habitación sin que hubiesen discutido, al menos no los escuché. Se coló por las escaleras y llegó hasta mi habitación. Estaba medio dormido, jugando con el móvil cuando la escuché al otro lado de la puerta. Claro está, fingí estar dormido cuando entró vestida con otra bata, una más reveladora que casi no la cubría porque ni siquiera era de su talla. En puntas, caminó hasta la cama y se metió debajo de las sábanas. Pegada a mi piel, se frotó contra mi cuerpo hasta incentivar mi polla y, tras un gemido entrecortado en el que sus uñas se metieron en mi espalda, se apretó contra mi torso hasta quedarse dormida, con la pierna sobre mi cadera y su sexo caliente y desnudo tan pegado al mío, que casi pude sentir la humedad entre sus labios.

Mami estaba preparada para mí, para pertenecerme, para sosegar las ansias de su pequeño y explotar la fantasía que ambos queríamos cumplir, en la que su joven hijo le daría todo lo que siempre quiso.

CAPÍTULO 8

C O M O L A S E D A

Si ese día no me hubiese levantado antes de tiempo, jamás me habría propuesto acabar con la larga espera que me mantenía preso del celibato.

Me bastó un solo vistazo de la realidad para comprender que Rose me pertenecía, y esa vez, sin nada que nos pudiera contener, lo llevaría hasta el final.

Por la noche, me acosté en la cama tras un baño largo para relegar el dolor de mis recién adquiridos músculos. Incluso crecí dos centímetros más y estaba más fuerte que nunca.

La semana anterior, el doctor bajó la dosis de la medicación y comprobó, tras hacer muchos análisis médicos, que me encontraba perfecto.

—Creo que de haber comenzado antes con el tratamiento, hubieses crecido quizás hasta alcanzar el 1.85 m. La verdad, estoy sorprendido con tu avance. Esperaba que crecieras un poco, unos cinco centímetros, quizá diez como mucho, en cambio, pareces una persona diferente, André —indicó el especialista con aire pensativo, el ceño fruncido, pese a la sonrisa extraña que se dibujó en sus labios.

Y tras la auscultación a mis pulmones y poco más, me dejó ir con una nueva receta médica para concluir aquella fase de mi tratamiento. Aun tendría que tomar comprimidos durante el resto de mi vida, al final, era una «enfermedad» incurable, no obstante, mi cuerpo cambió tanto, que no solo tenía un aspecto más sano y normal, sino que muchas mujeres comenzaron a notarme. Sin más, esa tarde cuando acompañé a Rose a hacer las compras, varias jóvenes me miraron con cierto deseo, alguna se quiso aproximar, sin embargo, Rose se acercó y me acarició para luego sonreírme como si no supiera que lo hizo para marcar territorio.

Aquel fue el primer indicador de que la necesidad por pertenecerme se consolidó en su mente a través del tiempo, que, en definitiva, no me miraba como a su hijastro, como a su «pequeño».

No dije nada, pero me fascinó saberla tan posesiva, así como me embelesó ver cómo se ponía sobre la punta de sus pies para darme un suave beso en la mejilla y mirarme por un segundo, casi como si fuese mi pareja en lugar de ser la esposa de papá.

Después de hacer las compras, fui a la consulta médica y luego volví a casa, donde la encontré preparando la comida, cambiada, vestida solo con un camisón suave de seda que acentuó sus pezoncitos erguidos y preparados para mi boca, así como sus caderas que estiraban la tela y la encogían para mostrarme sus muslos torneados y suaves. Fue la visión más erótica que observé hasta ese momento, en especial porque, descalza y con una sonrisa deslumbrante que retuvo mis latidos, se acercó para abrazarme, rodear mi cuello con sus manos y pegarse a mi cuerpo en busca del calor y fricción necesaria para hacerla ronronear.

—Mi bebé ya regresó —indicó con entusiasmo y me besó la mejilla, para luego separarse lo suficiente y mirarme con apetito reprimido.

Tras aquella muestra de afecto poco maternal, se desprendió de mi cuello, dejándome confundido y excitado y volvió a la cocina, sonriente, con un meneo de caderas que me hizo ver su

culo con hambre, en especial cuando giró la cabeza y me miró entre sus pestañas, casi una mirada maliciosa, pese a que supe que no fue intencional.

A decir verdad, con las hormonas mi deseo sexual creció demasiado y ante su mínima provocación me ponía brutalmente duro, al punto en el que cierta ropa se volvió dolorosa de llevar en su presencia.

—Ven a comer, mi pequeño, mami te ha cocinado algo que te hará chuparte los dedos —comentó con dobles intenciones, aunque dudé que lo hiciera a propósito, no en realidad.

Dejé las llaves sobre el platón que estaba encima del taburete de la entrada y la seguí hacia la cocina, donde me senté para ver sus gráciles movimientos mientras terminaba la comida.

Probó la salsa del guisado con el dedo y succionó la punta con apetito. Sus pezones se crisparon hasta crear una sombra con sus puntas y gimió de excitación, a sabiendas que mis ojos estaban fijos en su figura femenina.

Tragué saliva con dificultad y me relamí los labios, con la boca reseca de la impresión, en especial cuando dos putos pequeños transparentaron las areolas.

Sus tetas lactaron sin estimulación, más grandes y pesadas que nunca. Me perdí por un instante en su cuerpo, hasta que sus ojos siguieron los míos y un gritito pequeño y agudo salió de sus labios.

—Yo no... —trató de cubrirse, pero no pude permitir que lo hiciera, que la vergüenza me quitara el placer de aquella pecaminosa imagen.

Me levanté con decisión y me acerqué a ella como el depredador que la dejé vislumbrar. Tembló al verme frente a sus ojos, más grande y fuerte que nunca. Por un instante, creí que la imagen de nuestros roles se desdibujaría de sus pupilas y su racionamiento me arrebataría la posibilidad de llegar hasta el final, no obstante, no pasó. En lugar de intimidarse por las razones equivocadas —o correctas, dependiendo de a quién se lo preguntaran—, Rose me miró con ardor y se estremeció. Su respiración se hizo más pesada y su cadera se topó con la encimera. No apartó sus soles de mis pupilas dilatadas. El fuego resplandeció en sus ojos y me hizo desear arrancarle el puto camión y dejarla desnuda para follarla como siempre soñé hacer, en cambio, alcé la mano para acariciar su rostro.

—Creo que mi mami necesita ayuda de su pequeño bebé —apunté con suavidad, pese a que mi tono de voz fue todo menos dulce.

Jadeó entrecortado y no pudo más que asentir, con la mirada anhelante, los labios entreabiertos y los ojos perturbados por la excitación.

Bajé la mano de su rostro hasta deslizarla por su figura y llegar a su estrecha cintura. Con ambas manos aferradas a sus curvas, la alcé y la llevé a la encimera.

Un jadeo sorprendido se escapó de su interior y sus ojos se prendieron más al ver la tensión que mis bíceps ejercieron sobre la camisa de manga corta que llevaba.

Sus ojos me repasaron con una nueva clase de sensación que no alcancé a descifrar.

—¿Mami quiere la ayuda de su pequeño? —inquirí retórico y alcé la ceja.

Me relamí los labios y bajé los ojos de los suyos a su boquita mullida y rojiza que me llamó para ser devorada por la mía. Descendí por su cuello delicado, por sus clavículas marcadas que decoraban su pecho y hacían que su fisonomía fuera la de una mujer frágil, algo que le fascinó a la bestia que habitaba mi interior.

El corazón me latió deprisa, mi respiración se hizo profunda y sonora, haciendo que su aroma dulce e incitador permeara en mi cuerpo y me contrajera hasta hinchar mis músculos.

—Mami necesita a su bebé —musitó embriagada por la situación, por el ambiente febril y excitante que creamos al movernos, al sentirnos, al vislumbrar el ardor del otro.

Me relajé y me cerní sobre su cuerpo, suspiré contra la piel de su garganta que se erizó con mi aliento. Sus manos fueron a mi cuello y sus uñas acariciaron nuca con sutileza, enviando energía pura por todas mis terminaciones nerviosas hasta colmar mi erección con sangre caliente.

Para bien o mal, llevaba puestos unos vaqueros que apresaron mi sexo y mantuvieron a raya el bulto entre mis piernas.

Bajé hasta alcanzar sus picos mojados y transparentados. Por un momento, discutí con mi mente si era buena idea hacer girones un camisón tan bonito, además, temí que aquello la espantara, así que opté por una mejor solución.

Con cuidado, soplé sobre su pezón derecho. Rose jadeó y se revolvió. Alcé los ojos y busqué los suyos apenas abiertos en una fina rendija, que me observaron con candor y exaltación, con un fuego que ardió en sus pupilas.

Saqué la lengua y lamí la punta con suavidad, sin apartar los ojos de los suyos. Tembló y gimió, sus uñas se enterraron en mi piel por un segundo y la polla me palpitó.

Pegué la boca a su pecho y succioné por encima de la prenda.

Rose sollozó y se arqueó para mí, entregada a la llama que prendió sus venas y sonrojó sus mejillas.

Lamí, rodeé la areola y chupé con tranquilidad, sin importar cuánto me reclamara mi cuerpo por ir tan despacio, por no penetrarla en ese mismo momento.

—Mi bebé, mamá necesita... más —articuló con dificultad, hipnotizada por mi boca, por mis labios que se cerraron entorno al pezón para estirarlo, por mi lengua que después salió para calmar el fuego que incendió sus terminaciones nerviosas.

Gimió casi sin voz.

Succioné con intensidad y la leche llenó mi boca. Tragué y tragué hasta que cada parte de mi cuerpo estaba prendida en llamaradas que se alzaron con cada uno de sus gemidos.

También quería más. Necesitaba que se rindiera, que dejase de pensar, que me suplicara para que la penetrara. Además, el sabor de su dulce néctar se corrompió gracias a la seda que la cubría y me impedía estar en contacto con su piel.

Bajé las manos a su cadera y me alcé al erguir la espalda.

Mi lengua salió para quitar los restos de su leche, provocando que sus ojos se fueran a mis labios y gimiera por lo bajo.

—No quiero arruinar tu bonito camisón, mami. No puedo sacar tus pechos por el escote, es muy pequeño para tus senos grandes y cargados de lechita que me hará crecer —comenté con fingida tristeza, pese a que supe que el papel se me estaba yendo de las manos, no solo por la voz ronca, sino porque era demasiado grande para fingir ser un debilucho que necesitaba los nutrientes que producían sus tetas.

Lloriqueó y asintió.

—No, mi pequeño, no arruines la ropa de mami —respondió atribulada.

Sus dedos se enredaron con mi cabello y se abrió de piernas para que me pegase más a su cuerpo. El camisón se enrolló en su cadera, mostrando sus braguitas empapadas pese a que no pude ver más allá de su húmeda.

Gruñí por lo bajo, mis músculos se tensaron y apreté la mandíbula para no perder la razón y follarla como ambos queríamos, olvidándome por completo del rol que ella misma me asignó.

—Creo que... debo quitarte el camisón, mami —sugerí con la voz entrecortada, más porque me costó decirlo sin revelar lo que realmente quería. Sus ojos se abrieron y me miró fijo, con la respiración más alterada—. Sería una pena arruinarlo, ¿verdad, mami?

Se mordió el labio inferior y asintió para darme permiso a desnudarla casi por completo.

Mis manos en su cadera arrastraron la tela suave por su tersa piel y mis ojos acompañaron el movimiento. Cogida a mi cuello, alzó el trasero para desprenderse de la tela.

Gimió femenina, deshaciéndose en mis manos, para luego bajar el trasero cuando revelé su vientre plano y subí hasta pasar la tela por sus tetas que revotaron al ser liberadas.

Bramé enloquecido, con el cuerpo cada vez más preparado para hacer jirones las braguitas y meterme en su apretado coño.

Le saqué la prenda por la cabeza y Rose gimoteó con los ojos cerrados y el cuello estirado hacia arriba, completamente doblegada ante el placer.

Me pregunté si ese sería el día en el que al fin podría alcanzar la cima y explotar en su interior.

Descendí una vez más a su cuerpo, me incliné sobre sus pechos y con una mano en la espalda la bajé lo necesario para dejarla medio recostada sobre la encimera y así poder alimentarme mejor de sus tetas.

Sus manos volvieron a mi cabello y me presionó la cabeza cuando volví a lamer sus tetas, cuando la besé y fui gentil. Mami no quería sutilezas, quería ser devorada y llevada al orgasmo y, sin poder detener mi deseo por aliviar su problema, lo hice.

Con un bramido ronco y territorial, me llevé su pezón a la boca y succioné como un salvaje, arrancándole gritos y gemidos, haciendo que se revoliera bajo mi peso y buscara la liberación al frotarse contra mi abdominales, tratando de hallar mi abultado miembro que ansiaba que sus caderas encontraran las mías.

Me comí sus tetas con fruición, con desesperación, con tal apetito que no creí que fuese posible succionar su dulce leche con tanta rapidez.

Rose tembló, imploró para que fuese delicado con su cuerpo, me llamó entre lamentos, me suplicó para que no la engullera al repetir que «mami era delicada», pero no me detuvo, no obedecí a su voz, en su lugar, le hice caso a su cuerpo, a sus uñas que rasguñaron mi espalda, a sus estremecimientos que me hicieron sentir el calor que cubrió su piel con una capa fina de sudor, a su aroma femenino que se metió en mi sistema y explotó en mi psique para olvidarme de mi estúpido papel de hombre frágil.

Succioné, lamí, chupé con los labios y mordisqueé su pezón hasta que la energía en su vientre estalló. Se tensó desde los pies que rodearon mi cadera y la punta de los dedos encogidas que acariciaron mis nalgas, hasta alcanzar su espalda que se arqueó, al igual que su cuello y su boca entreabierta por donde salió aire sin sonido. El éxtasis más puro la alcanzó y vibró para mí. No me detuve, no, en su lugar, la cogí de la espalda y me hundi en su suave globo de carne para tragar hasta la última gota de leche que le exprimí.

Cayó laxa sobre la encimera, con la respiración tormentosa, la piel tintada como la amapola y los labios hinchados porque se los mordió para no gritar.

Perverso, me fui al otro pecho y le apliqué el mismo tratamiento, con más tiempo, sin apurarme, tomando su exquisito elixir.

Rose estiró el cuello para verme entre sus párpados apenas abiertos, sus ojos ardieron y sus manos me acariciaron para incitarme a seguir. No dijo nada, no fue necesario, nuestras miradas entrelazadas hablaron y la conexión se solidificó.

La urgencia de tomarla me enloqueció y no tardé en portarme como un bruto, en succionar con ansias, en devorarme su leche.

Quería dejarla seca, que se acordara de mí por el resto de su vida, sin embargo, por desgracia, el sonido del coche estacionándose frente a la casa, así como las luces que iluminaron la pared de la cocina, me pusieron alerta.

Estaba a punto de correrse, así como mi corazón estaba a una lamida más de estallar. Tenía el miembro tan erguido que dudé que aquello fuese bueno para mi salud.

Me alcé y abandoné sus deliciosas tetas. Maldije por lo bajo y miré hacia la ventana, donde alcancé a vislumbrar el coche de papá.

Como pude, le ayudé a vestirse para estar presentable en pocos segundos. Preocupada, me miró y me quitó los restos de leche de las comisuras de los labios.

—Lo siento, bebé, mami tiene que atender a papi —dijo como excusa, como si no supiera lo que estuvo a punto de suceder, como si no bajó los ojos a mi erección y luego los subió con apremio porque se desentendió de lo que su cuerpo provocaba en el mío, de la excitación que nos estaba por sobrepasar.

Asentí y tras respirar con más calma, me senté en los taburetes, al otro lado, justo cuando papá metió las llaves en la cerradura y entró a la casa.

Fingí estar normal durante la cena, actué por Rose, ya que papá estuvo pegado al móvil todo el rato, mensajeando con alguien que le sacó más de alguna sonrisa pícara. En cuanto terminó la cena, dijo que tenía algo que hacer y se fue a su despacho, una pequeña oficina que tenía en el piso superior con la excusa de que ocupaba un lugar para estudiar.

Para mi desgracia, no pasó nada más. Rose parecía distante, pensativa y se revolvió durante toda la cena, sin poder mirarme ni una sola vez.

En cambio, yo no pude apartarle los ojos de encima, traté de actuar por su paz mental, no obstante, estaba tan caliente, tan excitado, que mi cuerpo no respondió mejor. La polla no se me bajó en todo el rato, en especial porque, sin querer, Rose no dejó de apretar sus pechos con las manos, de moverse. Sus pezones estuvieron erguidos la mayoría del tiempo, aunque fue una ventaja que ya no le quedase más leche por derramar.

Tras la cena, me ofrecí a lavar los platos y limpiar la cocina con el objetivo de seguir a su lado, de hacer una encerrona y continuar con lo que dejamos a medias, al final, quedó al borde del precipicio y creí que eso la haría pegarse a mí como una gatita en celo. No fue así.

Rose se negó a que la ayudase y prácticamente me echó de la cocina y relegó a mi habitación. Ni siquiera se atrevió a observarme, a otear si papá no estaba cerca como en más de alguna ocasión hizo.

Estaba tan ensimismada en sus propias ideas que no vio lo duro que me tenía, lo ansioso que estaba por llegar al final.

Inspiré hondo y lo dejé correr, no podía hacer nada más.

Fui a mi habitación, me desnudé con prisa y me metí a la ducha, una ducha fría, larga y nada revitalizante.

Al salir, me quedé trabajando en un ensayo que tenía que entregar para la universidad y después me dormí.

No la sentí, no supe en qué momento Rose dejó el cobijo de sus sábanas conyugales, bajó por las escaleras y se coló en mi habitación, en mi cama, bajo las mantas para pegarse a mi cuerpo y, pese a que una bata cubría su desnudez, la desató en cuanto se adhirió a mi torso más esculpido que antes.

No, no lo supe, no pude presentir lo que pasaría al despertar, lo que desencadenaría su lujuria y quebrantaría su contención para hacer fluir su ardor, hasta que cada célula de su cuerpo se viese corrompida por el mío, por el juego, por lo que se convertiría lo nuestro.

CAPÍTULO 9

D E L I R I O

Un gemido corto, femenino y contenido me sacó del sueño. Lo escuché a lo lejos, tan delicado que me pareció el sonido del mismo eco, hasta que algo rozó mi pecho y mi pierna, algo tibio, algo húmedo.

Un aroma dulce y afrutado se coló en mis fosas nasales y envió un corrientazo eléctrico a mis nervios adormilados.

Estaba caliente, mi piel ardió, el fuego consumió mis venas y la polla me palpitó.

Otro jadeo, esa vez más agudo, me hizo parpadear y abrir los ojos. La habitación estaba cubierta por la suave luz que se metió por la gran ventana a mi espalda.

El gemido me hizo volver a la realidad y admirar a la mujer que estaba entre mis brazos, desnuda, casi por completo, solo con una bata cubriendo su espalda y su cabello rubio y largo cayendo en cascada sobre sus pechos que se bambolearon y rozaron con mis abdominales.

Me tensé al comprender lo que estaba ocurriendo, al entender que Rose, mi madrastra, estaba acostada a mi lado mientras se tocaba...

Dejé de respirar, no pude ni siquiera parpadear, el corazón se me detuvo un segundo para después reanudar su marcha con violencia, la misma que prendió todas mis terminaciones y me hizo desear moverme para penetrarla de una vez y acabar con aquel juego que a los dos nos enloqueció.

Pero, no lo hice, no pude, el deseo de ver lo que haría, lo que estaba haciendo, me detuvo por completo.

Rose estaba entre mis brazos, con uno de los suyos sobre mi pectoral izquierdo, mientras la otra mano se perdía entre sus piernas, aun cuando su dulce y mojado coñito se frotaba con ansias contra mi muslo, sobre la tela del pantalón de pijama.

El aroma de la habitación se extendió por mis pulmones, por mi cuerpo. Entorné los ojos y la admiré con lascivia, disfrutando de su excitación pura.

Tenía los párpados cerrados, los pechos apretados contra mi cuerpo, pese a que se movía tanto, que se bambolecaban con extremo erotismo, a su vez, la agitación hacía que frotara los pezones con mi piel, mojándome en el proceso con su exquisita leche.

Sus caderas crearon círculos y su mano se friccionó contra su cúmulo de nervios, lo supe en el momento en el que su hendidura buscó el contacto con mi pierna. Por la posición de nuestros cuerpos, no pudo hallar mi erguido pene, no obstante, supe que eso es lo que quería. Consciente o no, Rose anheló que la follara.

Arañó mi pectoral, enterró sus uñas con delicadeza sobre mi corazón que latió más deprisa. Gimió, tembló, sus piernas se estremecieron hasta que la tensión encogió su cuerpo y luego alcanzó la cima, empapándome con sus acaramelados jugos.

Se dobló hasta pegar su rostro a mis pectorales. Su aliento tibio crispó mis pezones y quise moverme para posicionarla sobre mi cuerpo y así penetrarla profundo, tan hondo que se olvidase

que estaba casada, que su marido era mi padre.

Contuve cada parte de mi ser que reclamó el suyo. Mis dedos se entumecieron y mis músculos se hicieron mil nudos, sin embargo, pude contener el anhelo de perforar sus entrañas, de marcar su interior, de provocar sus gritos y temblores.

En su lugar, dejé que su boquita se acercara a mis pectorales y me besara con cariño, que se reposicionara sobre mi cuerpo hasta que descansó sobre el hueco de mi cuello, donde me olfateó por un instante, para después relajarse por completo.

—Mi pequeño bebé, no sabes cuán feliz haces a mami —masculló con la voz tersa y cautivadora.

Estaba tan aturdida tras el orgasmo que se abrazó a mi cuerpo, pegó sus tetas a mi abdomen y se durmió como una gatita que ronroneó ante el calor de su macho.

Apreté los dientes. Dudé que supiera de que estaba despierto, pero me hubiese gustado que lo hiciera, que entendiera cuánto significaba que se hubiese tocado pensando en mí, sintiéndome junto a ella.

Me acababa de dar la señal que necesitaba para romper con todas las barreras, para dilapidar cualquier resquicio de cordura que nos quedase.

A sabiendas de que estaba dormida, la abracé y aplasté sus curvas con mi cuerpo, con la mente funcionando a su máxima capacidad para elucubrar lo que haría para terminar con la pantomima e iniciar con la última fase del plan.

Mientras, la dejaría dormir, dejaría que fingiera, tal como hizo cuando se levantó y se removió entre mis brazos para simular no haber dormido a mi lado.

Se despertó dos horas después, justo antes que papá. Se agachó sobre mi cuerpo y depositó un suave beso sobre mi mejilla.

—Por favor, mi bebé, sé bueno con mami —susurró en una súplica mortificada que no supe interpretar.

Se alzó, se cerró la bata, recomponiéndose del todo y se alejó de mi lado, creyendo que no sabía lo que hizo. Me pregunté si era la primera vez, si en alguna ocasión bajó a mi habitación para tocarse mientras dormía, no obstante, lo deseché en el instante.

Algo cambió en Rose. No solo se dejó llevar por la lujuria, por el deseo que le hizo rogar con sus ojos para que terminara lo que empecé meses atrás. Había algo en su cabeza, en lo más profundo de su ser, algo en su esencia misma que se modificó, que se adhirió a mi cuerpo, que necesitaba del calor de mis músculos para poder respirar. Lo podía sentir, palpar y... era intoxicante, como una droga de la que necesitas más y más.

Quizá jugué demasiado tiempo con su mente, quizás el fuego estaba por consumirnos hasta los huesos, pero ya no lo soportaba más y, por lo que vi, Rose tampoco podía con ello.

CAPÍTULO 10

V I C I O

Esperé hasta que la alarma sonó para levantarme de la cama e ir al baño para darme una larga ducha que poco o nada hizo para despejar mi mente y bajar mi erección. Por norma, me bastaba del agua helada para poner en orden mis ideas, en cambio, esa mañana no pude contener la energía que acogió mi cuerpo, que crepitó en mi centro y mantuvo erguido mi miembro.

Tenía que hacerlo, tenía que revelar mi juego y entonces, saber si los meses y meses tocando solo sus tetas, succionando su delicioso elixir, dieron sus frutos, de lo contrario, tendría que dejar todo atrás y... y no tenía un plan para ello, no lo necesitaba, porque Rose se convertiría en mi mujer.

Cambiado, vestido solo con unos pantalones de chándal y una camisa cualquiera que no ocultaba en nada mi firme anatomía, salí de la habitación y caminé directo a la cocina, donde la encontré vestida y duchada, pese a que su cuerpo se movió con inquietud. Su agitación fue palpable y sonreí.

Me acerqué por detrás y la abracé rodeando su cintura, sin presionar mis caderas contra sus voluminosas nalgas.

—Buenos días, mami —musité sobre su oreja y besé su cabeza.

Se tensó, su mano izquierda, con la que no sostenía un huevo que iba a cocinar en la sartén, se fue a mis manos y las apretó contra su vientre.

—Huele delicioso —ronroneé con la voz ronca y un doble sentido remarcado en mi tono grave.

Jadeó por lo bajo y un escalofrío la hizo pegarse a mi pecho por un segundo.

—Estoy... haciendo el desayuno..., bebé. Ve a sentarte para que mami pueda trabajar —jadeó entrecortada y un largo suspiro salió de sus labios cuando deslicé las manos de su vientre y la toqué un poco más de lo que debería.

Me mordí el labio para contener la emoción y retrocedí sobre mis pasos para sentarme frente a ella.

Volvió la cabeza, sin hacerlo por completo, y me admiró con reticencia, con ardor, en medio de sus pestañas rizadas y maquilladas. Se había arreglado, y dudé que lo hiciera por papá, él ya no le interesaba, de hecho, el viejo dejó de ser su prioridad, al punto de que no sabía que sus pechos lactaban.

Le sonreí, aun cuando mis ojos entornados no exteriorizaron el mismo sentimiento que mi boca que le mostró mis colmillos afilados.

Gimoteó y sacudió la cabeza.

—¿Me necesitas, mami? —inquirí con vaguedad, sabiendo que ese juego de palabras podría accionar su cerebro para hacerle saber que no le estaba ofreciendo mi ayuda desinteresada, en realidad, le estaba preguntando si quería que le comiera las tetas.

Tragó saliva y parpadeó en mi dirección.

Negó con la cabeza.

—Tal... tal vez después, mi pequeño, papi bajará pronto y tendré que servirle como una buena mami —apuntó con las palabras que necesitaba escuchar para poner la última fase del plan en marcha.

Sus mejillas se sonrojaron y prensó su labio inferior dentro de su boca para retener la necesidad de implorar por algo más, de pedirme que vaciara sus ubres, que aliviara su cuerpo.

Lo haría, esa vez, no frenaría, no me contendría. Aguardaría a que papá desayunara y partiera al hospital, esperaría para llevarla a nuestro sofá, donde la sentaría para después recostarme sobre su regazo, desnudar con mesura sus tetas, con cuidado para no asustarla y luego... luego la tomaría, le chuparía los pechos hasta que me diese la gana y cuando más caliente estuviese... lo haría, cumpliría nuestros deseos más oscuros y me la follaría como tanto necesitamos.

* * *

Sus dedos femeninos y delicados peinaron mis cabellos con suavidad, sus ojos se enfocaron en mi rostro, brillantes, amables, con cierta chispa al fondo de sus pupilas candente que reveló su anhelo más profundo.

Succioné con vigor, sin dejar de pasar la lengua alrededor de la areola.

—Mi bebé —susurró en un gemido terso que espoleó mis conductos auditivos y tensó mi cuerpo, en especial esa parte de mí que anhelaba inmiscuirse en medio de sus deliciosas piernas.

Gruñí y me aferré a su cintura con una mano para impedir que se alejara.

Lamí su pezón y un escalofrío excitante la estremeció desde su pelvis hasta sus pechos de donde brotó más dulce leche.

¡Joder!, me volvería loco con sus encantos, con su inocencia, con sus ojos dorados que me admiraron en dos rendijas pequeñas en las que entreví el sol de sus iris.

Era... increíblemente hermosa.

—Mi bebé —repitió en otro gemido, un gemido más fuerte que atravesó su garganta y me hizo aferrarme a su cuerpo, succionar con más ansia, degustar su néctar con devoción.

Envalentonado, chupé su teta grande, casi del tamaño de su cabecita pequeña y seguí nutriéndome con su efervescencia.

Se tapó la boca para reprimir sus jadeos femeninos, sus ojos apenas abiertos donde se ocultaron los soles cuando sus pupilas se agrandaron. Su respiración se descontroló, inhaló con dificultad, exponiendo sus pechos a mi libertina boca.

Mi mano libre se fue a su teta, la que estaba succionando, y la cogí para lactarme con fruición, para dominar su figura, para cernirme sobre sus curvas. Quería someterla por completo.

Cada músculo de mi ser se llenó de vida, mi cuerpo se ensanchó cuan grande era, reclamando a la mujer que me tenía sobre su regazo.

—Mi pequeño, no creo que... —trató de decir, de advertirme para que me detuviera.

Hirvió, la lujuria se apropió de su piel, mis dedos en su pecho se tensaron con la elevación de la temperatura. Su rostro se sonrojó, sus mejillas encendieron su pálida tez, así como sus labios se hincharon gracias a la retención de sus lloriqueos.

Pero no me detuve, no podía, no quería.

La polla me palpitó. Estaba muy empalmado.

Se tapó la boca con fuerza y sus ojos se desviaron, no pudo sostenerme la mirada tras adivinar lo que se escondía en mis pupilas.

Sonreí y espoleé su areola con la lengua. La miel cayó en mi boca y gruñí.

—Mi bebé..., deberíamos... detenernos —musitó entre gemidos cortos.

Bramé por lo bajo, sin retroceder, sin ceder, porque supe, por su mano enmarañada en mi cabello, que no lo quería, no de verdad.

Sin menguar en mi incitación, cogí su mano, la que tenía en la boca, y se la bajé a mi erección. Le hice tocarme desde los pectorales, pasar por el abdomen, hasta llegar a mi protuberante polla que se irguió cuando sus dedos gráciles la rodearon.

Un gritito asustado salió de sus labios, sus párpados se abrieron y su rostro enrojeció como una preciosa amapola.

Succioné con fuerza, para después lamer su pezón con violencia, con una sonrisa macabra en los labios que la asustó un poco más.

—No quiero detenerme, mami. Te necesito. Tu pequeño nene te necesita. Necesita tu lechita y tu coñito dulce. Sabes que sigo en crecimiento, mami, que mi cuerpo todavía no está recuperado, que mis músculos no terminan de crecer, que todavía no tengo la estatura que debería —indiqué sin encubrir el tono grueso y varonil de mi voz, la forma en la que pretendía justificar nuestra relación prohibida.

Se agitó, su respiración se descompasó, su pecho subió y bajó con dificultad. Gotas gruesas de leche salieron de sus pechos, manchando su camisa, transparentando la tela hasta hacer visible su teta escondida gracias a que decidí succionar por encima antes de desnudarla por completo, antes de comer su fruta prohibida, esa que se escondía entre sus prietos muslos.

Me relamí con ardor y repasé su cuerpo que estaba encogido bajo el mío más grande y fuerte.

Parpadeó, temerosa, pese a que las ansias de seguir con el engaño titilaron al fondo de sus pupilas.

Se relamió los labios.

—No creo que...

—Vamos, mami, sabes que quieres, sabes que me necesitas —Moví su mano a lo largo de mi tronco grande y grueso—. Así como a mi cuerpo le urge saciarse con el tuyo. Soy tu pequeño... Una madre puede ayudar a su hijo a calmar el fuego que corroe sus venas. No es diferente a lo que haces al amamantarme, en absoluto —concedí para sosegar su mente inquieta que despertó del letargo al entender lo que le estaba pidiendo.

—¿No? —inquirió confundida, en la bruma del placer, en especial cuando pellizqué su pezón y dos chorros delgaditos me mojaron el pecho.

Sonreí cálido.

—No, por supuesto que no. Eres mi mami, solo estás cuidándome, procurando mi salud, así como lo has hecho durante estos meses, ¿verdad?

Moví la mano sobre la bragueta del pantalón de chándal, la suya bajo la mía, acariciando mi longitud con su palma, pese a que tal estímulo no fue suficiente para detener mis ansias por poseerla, por hacer que se rindiera ante el único hombre que debía haber en su vida.

—Todavía te necesito, mami, yo... sabes que sigo enfermo y tener esto... —Apreté su mano contra mi polla y un suspiro entrecortado salió de sus labios mullidos y rojos como una manzana, la manzana prohibida que era mi dulce Rose—. Duele, mami. Me duele no sentirte más. Además, quiero que mami sea la primera, que me enseñe lo que le gusta, que guíe a su pequeño para que le dé placer, para que le muestre lo que le hace sentir su bebé.

Dejó de respirar, sus ojos se quedaron en los míos, ni siquiera parpadeó.

—André, no creo que una madre debería hacer eso. Yo soy tu mami, no...

—Porque eres mi mami deberías ayudarme, cuidarme. Quiero que sientas cuánto te amo. Tu pequeño te ama mucho mucho —repliqué con un tono que pretendía ser más suave, pese a que salió más ronco.

Las vibraciones de mi voz la hicieron cerrar los ojos por un segundo y cuando los abrió su mirada obnubilada me dijo que casi la tenía donde quería.

—Yo...

—Mami, eres mía, ¿verdad? Eres mi mami, ¿cierto? —pregunté con fingido desánimo.

Se mordió el labio y solté su mano que se quedó quieta sobre mi dureza por un instante, pese a que al siguiente segundo siguió masturbándome por encima del chándal sin darse cuenta.

Gemí, abrí la boca para que viese lo bien que se sentía cuando me tocaba.

—André —susurró indecisa, sin embargo, no se detuvo, al contrario, sus dedos me rodearon por

completo y me apretó en un sutil movimiento de lo más erótico.

Vamos, mami, dale a tu pequeño lo que siempre quiso... déjame convertirte en mi mujer, deja que explore tu sensible piel y tu coñito dulce.

Sus ojos resplandecieron, el dorado de sus iris brilló con un halo celestial que me hizo bramar ante su inocencia, ante la forma en la que se estaba doblegando ante mis pecados, sin comprender cómo terminamos en esa tesitura, el engaño en el que nos sumergí.

Ya la tenía, lo vi en sus ojos cuando me enderecé, cuando me senté sobre ella sin poner mi peso sobre sus piernas, cuando acogí su carita con mis manos grandes y la hice alzar la cabeza para que me viese a los ojos.

—Tu pequeño te necesita, mami —musité y me acerqué a sus labios, sus labios sensuales que no probé antes.

Sus ojos me buscaron con ansiedad. La miré por un instante en el que todo lo demás de dejó de existir.

—¿Quieres ayudar a que tu pequeño siga siendo fuerte, grande y saludable, mami? —inquirí con urgencia, con la voz grave.

Jadeó.

Mi mano bajó desde su barbilla, acaricié su cuello terso y me deslicé hasta llegar a su pecho que pesé y amasé con cuidado.

—Dime, mami, ¿quieres que tu bebé crezca más grande y se nutra con tu cuerpo, o prefieres que otra fulana me enseñe a tocar y sentir a una mujer?

Sus ojos se abrieron cuando los celos calaron en sus psique y mil ideas pasaron por sus pupilas.

Sonreí y bajé más para lamer sus labios. Gruñí al saborear su boquita entreabierta, sin besarla realmente, solo tentándola para que saliera de sus ostracismos y se rindiera a la calentura de nuestras libidos.

Su mano temblorosa, la que antes tenía en mi protuberancia, subió hasta mi pecho y sintió mi agitado corazón.

—Mi pequeño necesita a su mami, ¿verdad? —preguntó con desesperación.

Asentí con fingida inocencia y lo supe, ya la tenía donde quería, la tenía en mis manos, lista para sucumbir a lo que quisiera, a todas las depravaciones que tenía preparadas para nosotros, para cumplir mis fantasías, esas en las que terminaba dentro de su coño estrechito.

Había valido la pena pasar mes tras mes soportando beber de sus pechos sin poder avanzar hasta el final, lo había logrado, y mi recompensaba era devorar sus curvas femeninas y embeberme con su néctar.

CAPÍTULO 11

A L I V I O

Con la respiración truculenta, con las ansias consumiendo cada fibra de mi ser, subí la mano de su pecho húmedo y transparentado, ascendí por su cuello que estiré para reacomodar su cabeza contra el respaldo del sofá.

Jadeó, un jadeo corto y excitante que me calentó y me hizo olvidar la careta de hombre frágil, para modificar todos mis gestos que se tensaron gracias a la excitación.

Acaricié la curvatura de su cuello, me relamí al llegar a su mandíbula, a su boquita entreabierta, a sus labios mullidos que toqué con el dedo pulgar. Dibujé el contornó de su labio inferior y tiré de él para ver sus dientes rectos y pequeños.

Mi corazón bombeó con frenesí, mi miembro estaba rígido, grande, más que nunca y saber que me estaba mirando, que no se perdía ni uno solo de mis movimientos alteró la química de mi psique y me hizo olvidar nuestros papeles.

Deslicé la mano por su rostro hasta llevarla al respaldo del sillón. Me cerní sobre su cuerpo, inclinado, sin apartar las pupilas de las suyas, solo para recorrer sus labios que se quedaron quietos, sin poder meter oxígeno a sus pulmones.

—Eres tan bonita... —susurré en medio de un gemido masculino que la hizo temblar.

—Mi bebé —musitó a media voz, en un hilo tan delicado que estuvo a punto de romperse.

Sus manos subieron por mis muslos, se aferró a la tela de la camisa, tan fina que las gotas de su dulce leche la pegaron a mi abdomen.

Bajé hasta que la distancia de nuestros labios fue la de un suspiro, un suspiro que estaba dispuesto a avanzar. Cerró los párpados y sus dedos se enrollaron con la camisa, tensa y, a la vez, expectante.

Sonreí con malicia.

Saqué la lengua y volví a probar sus labios de fresa. Gimió y se impulsó hacia arriba para buscar mi boca, para sentir el tacto de mi piel. No lo dudé. Mis labios prorrumpieron contra los suyos en un beso ansioso, voraz y demoledor que incendió cada parte de mi ser, que hizo que un ejército de hormigas espoleara mi columna y descendiera por mi vientre hasta encontrar las palpitaciones de mi polla.

Gruñí y mi otra mano se aferró a su nuca para maniatar su pequeña cabeza y hacerme con sus labios, con su boquita azucarada, con su lengua tersa y delicada que se encontró con la mía para flamear mi centro con su roce, en una pequeña lucha en la que se rindió a mi poderío y me hizo saber que era el dueño de su calidez, de la húmeda que roció sus labios y me hizo degustar el sabor de su dulzura.

La besé con hambre. Incliné su cabeza para hacerme con su boca, para manipular cada gemido que quiso salir de sus labios, para prender su alma.

—Te necesito, mami —mascullé contra sus labios.

Jadeó y se estremeció bajo mi cuerpo, entregada por completo.

Gruñí y me deslicé por su barbilla, estiré su cuello con un movimiento de mi mano en su nuca y descendí para probar el sabor de su piel.

Aspiré su aroma y me embriagué con el color de su esencia, con las mil partículas que penetraron en mis fosas nasales que me lanzaron al borde del precipicio.

Perdí la razón.

Besé su piel, lamí su cuello con intensidad, creé círculos con la punta de la lengua, espirales que enarbolaban sus sentidos, que le hicieron ceñir mi camisa, antes de deslizar las manos a mis hombros que apretó con sus delicados dedos hasta meterme sus uñas.

Gimió, jadeó y tembló con cada repaso con el que ericé su carne.

—Mi bebé, mi pequeño... —sollozó sin poder articular una frase completa, sin poder pedir lo que tanto necesitaba.

Mordisqueé su piel, succioné con urgencia, hipnotizado por el calor de su cuerpo, por su aroma, por la sensibilidad que recubría sus curvas, misma que la hacía responder a cada fricción, por mínima que fuese.

Bajé la mano por su cuerpo hasta tomar el dobladillo de su camisa, de esa estúpida prenda que estaba mojada en dos puntos que crecieron con mi exploración.

Lamí su cuello hasta llegar a su lóbulo, el cual mordí y estiré con los dientes.

Un gritito excitado salió de sus labios y se aferró a mis hombros con más fuerza.

Me alejé de su candor con la respiración pesada, con los ojos oscurecidos, con las pupilas dilatadas y la mandíbula apretada. Quería corromperla, quería romperla en mil pedazos para que se fusionase con mi cuerpo, quería que gritara hasta reventar y así me dejara recomponerla con mi esencia. Quería mil cosas que no pude expresar con palabras, pero sí hice cuando nuestras miradas se conectaron y mis manos jalaban su camisa con cuidado, desvelando su abdomen tan suave como la seda.

Contuvo el aliento, sus ojos obnubilados en los que apenas se veían sus iris dorados me incitaron a seguir.

Me relamí y le saqué la camisa por encima de la cabeza, despeinándola, revelando sus preciosas tetas que brincaron al ser liberadas.

Gruñí y mis ojos se fueron directo a sus pezones rosados, erguidos, con dos gotas pequeñas de leche coronando las puntas.

—¿Quieres que tu bebé te ayude, mami? —inquirí con malicia, con los párpados entornados y un tono sugestivo que revelaba mis verdaderas intenciones, sin edulcorarla como hice durante meses.

Lloriqueó y sus manos se fueron a mi rostro, me acarició con ternura, con deseo, un deseo profano, insano y corrosivo que dejó estelas de fuego en mi piel.

—Mami necesita a su pequeño bebé, siempre lo necesita para calmar el ardor que crece en su centro —reconoció con la voz aterciopelada y una expresión lasciva que jamás vi, no realmente.

Sonreí y asentí.

—Tu bebé siempre te va a ayudar, mami. Siempre que quieras calmar tu cuerpo, estaré para aliviarte.

Ahuequé su teta con la mano y pellizqué el pezón para mojar mi abdomen con dos pequeños chorros que salieron de sus picos rosados.

Gimoteó y su gesto se desdibujó ante el latigazo de placer que dominó sus entrañas.

—Mi bebé, sé gentil con mami. Mami te necesita, necesita saber cuánto la quieres —susurró con fogosidad, olvidándose de su careta de madrastra buena, revelando a la mujer lasciva que palpitaba

en su centro.

Gruñí por lo bajo y mis manos se fueron al respaldo del sofá. Contuvo el aliento y tragó saliva al verme completamente cambiado, tenso.

La miré con ardor. Mis ojos la intimidaron por un segundo, hasta que se mordió el carrillo y sus manos se anudaron tras mi nuca.

—Tengo que aliviar a mami, ¿verdad? —inquirí retórico, burlón.

Asintió y me dejó caer sobre sus labios, esa vez, para besarla con ansias y reconocimiento, sabiendo bien lo que quería, la bestia que necesitaba que fuese.

La besé con ímpetu, dominé su pequeño y voluptuoso cuerpo bajo el mío. Mordisqueé, lamí y succioné su boca, sus labios, su lengua suave. La hice lloriquear, removerse, buscar el cobijo del calor de mi piel.

Descendí, pero esa vez no demoré en besar su cuello, en mordisquear su curvatura para marcarla, no. Me deslicé sobre su figura hasta caer hincado entre sus piernas, justo como la necesitaba para tenerla a mi completa disposición.

Besé sus pechos, ericé su carne, espoleé sus pezones con mi tumultuosa respiración. Degusté el dulce elixir que empapó su areola y recorrí con la punta de la lengua su contorno, hasta que se afianzó a mi cabello y tembló, hasta que sus pechos se crisparon y pesaron con más rotundidad, hasta que su espalda se arqueó y sus muslos de miel se abrieron, liberando su aroma más prohibido.

Aullé y me llevé el pezón a la boca. No le di más oportunidades, no dejé que se me escapara, esa vez no. Lamí, hice círculos alrededor de su punta, saboreé las gruesas gotas de leche que prorrumpieron contra mi lengua. Abracé su figura y la pegué a mi cara al extender las palmas en su espalda y cintura, deseando montarla en ese mismo instante, sin embargo, también quería paladear cada sabor de su cuerpo.

Sorbí su exquisita leche, me embriagué con la tibieza de su líquido blanquecino que salió de su teta en un riachuelo que no tardó en colmarme la boca. Tragué y tragué. Succioné con fruición, con desesperación.

Sus gemidos aumentaron de decibel, su cuerpo se removió y sus dedos se contrajeron sobre mi cabeza.

La tensión ascendió en su vientre, el calor dominó su piel, sus músculos se dilataron para luego temblar en la vorágine del nirvana, justo cuando apreté su pezón con los dientes y gruñí al coronar su orgasmo con un pequeño latigazo de dolor que la hizo gritar y llamarme en medio de la penumbra del éxtasis.

Se removió, su pelvis descendió en busca del contacto que no llegaría. Me revolvió el cabello y se arqueó hasta aplastarme la cara con su globo de carne. Me enterró en su voluptuosidad con las manos y pellizqué una vez más su pequeño botón. Alcanzó un nuevo clímax que la hizo subir al cielo en un segundo y caer en picada libre al siguiente.

Alcé los ojos y la miré. Estaba esplendida, con el cuello curvado, la boca entreabierta con un hilo de saliva que conectaba sus labios, con los párpados apretados y las mejillas sonrojadas como las amapolas al final de la primavera.

Lamí su pecho, tiritó con la caricia, pero me dejó abandonar la presión de sus curvas para descender por su abdomen que se estremeció al sentir mis labios.

—Mi bebé, yo...

No le permití terminar, en su lugar, le mordí el vientre bajo y mis manos se fueron a la pretina del pequeño pantaloncillo que llevaba puesto.

Jadeó y se cubrió la boca con la mano. Abrió los ojos en dos pequeñas rendijas y me miró con

devoción, con arrebató. Su cuerpo caldeó en cuanto entendió mis intensiones. Sus pupilas centellaron y se contrajo por un instante cuando cogí las prendas y las deslicé por sus piernas, cuando me ayudó a sacarlas de sus deliciosas nalgas para desnudarla por completo.

Le hice alzar las piernas y doblar las rodillas, juntas, porque no quiso mostrarme su sexo. La vergüenza la dominó por un segundo.

—Mi bebé, yo no creo que...

—Dijiste que me necesitabas, mami —recordé con la voz ronca y una mirada de advertencia—, dijiste que ayudarías a tu pequeño para calmar lo que has despertado en su cuerpo, porque sí, mami, has hecho que tu bebé sienta cosas que un hijo no debería sentir por una madre y es tu deber sosegarlas para que no se descontrolen y terminé por cometer actos indebidos —apunté con diversión.

Jadeó, sus inhalaciones se volvieron violentas, al punto de alzar sus pechos en pequeñas vibraciones para luego dejarlos caer con cada exhalación.

¡Deliciosa!

Sin que pudiese replicar, me alcé lo justo sobre su cuerpo para coger sus piernas encogidas y dobladas que escondían su pequeño coño. Las tomé y besé su tobillo, el empeine de su pie, sin apartar los ojos de los suyos que se embriagaron con la forma en la que ascendí por sus gemelos hasta alcanzar sus rodillas.

—Ábrete para mí, mami, tu bebé necesita conocer la anatomía de una mujer de verdad, necesita saber cómo te ves, necesita reconocer tu aroma, tu sabor, tu exquisita esencia con la que dormiré todas las noches acunado.

Gimoteó y, como si fuese la flauta que somete a la serpiente, separó las rodillas y se abrió para mí, enloquecedoramente despacio.

Sonreí con perversidad, y pasé de sus ojos oscurecidos por la lujuria, a recorrer sus curvas sinuosas, su abdomen plano y tenso, sus muslos apretados que se aflojaron para mostrarme su suave monte de venus y su delicada rajita colorada y mojada por la excitación.

Ronroneé y destensé las cervicales al descubrir esa parte de su cuerpo que por muchas noches solo me atreví a imaginar, a recrear con mis pobres conocimientos previos.

Me relamí y volví a mirarla.

—Tu bebé hará que te corras en su boca, mami, hará que grites de placer y que nadie más pueda tocarte porque serás suya —anuncié con insolencia, con la sonrisa ladeada con la que le prometí una y mil cosas que no tardaría en cumplir.

Jadeó y se dejó hacer por mis manos, ansiosa de sentirme, de ser acariciada y tomada por cada parte de mi ser.

CAPÍTULO 12

É X T A S I S

Besé su muslo interno, con la punta de los dedos acaricié su pierna, la estiré y la llevé sobre mi hombro para que no se cerrase.

Sus dilatadas pupilas se quedaron fijas en mi cuerpo, en mi boca que ascendió por su piel, que fue dejando estelas de fuego sobre sus blancos y suaves muslos.

Lamí su carne, creé espirales y mordisqueé sin presionar los dientes, solo aumentando las contracciones de su cuerpo, de su canal calado que me esperaba cerrado.

Al llegar al vértice de su placer, succioné su carne, con los ojos afianzados en los suyos, en su expresión tirante. Sus pechos se alzaron y dejó de respirar, alerta a mis movimientos.

La punta de mi lengua salió para humectar mis labios y sonreí, pícaro, arrebatándole una exhalación entrecortada cuando comprendió que estaba jugando con su ardor.

Cogí su otra pierna y la acaricié con la mano, repasé la sensibilidad de su piel, de la parte trasera de su rodilla que la puso más tensa cuando la toque y me acerqué su delicioso muslo a la boca.

Jadeó y tembló. Sus manos apretaron el respaldo del sillón y sus pechos pesaron ante la excitación, preparándose. Una gota de leche se derramó del pezón que casi no toqué y me recreé con el camino por el que bajó, humedeciendo su vientre.

Gruñí y me acerqué a su feminidad. Doblé su pierna para abrirla más y aspiré su delicioso aroma, esa fragancia dulce y almizclada, embriagadora, hipnotizante, que alteró mi cuerpo, que puso mis músculos en tensión e hizo que mi corazón palpitara con violencia, que mis venas ardiera y mi polla se engrosara.

La necesitaba...

Me relamí, esa vez, con apetito.

Alcé los ojos y la observé por un segundo, quieta, ansiosa por ver lo que haría, con los dedos más encajados en la tela del sofá.

Deslicé las pupilas por su cuerpo crispado, recorrí sus pechos tirantes, sus puntas erguidas, su abdomen definido por la contención y llegué a su pubis, su terso pubis níveo sin rastro de vello. Tenía la rajita perlada con su esencia, sonrojada, los labios mayores apenas abiertos.

Tragué con dificultad y resoplé sin poder cerrar la boca, ansioso por probar el sabor de su sexo.

Sin pretenderlo, la abrí llevando su rodilla contra su cintura. Cerré los ojos y perdí la razón en el momento en el que mis labios hicieron contacto con su coño, con su carne caliente, mojada.

Gimió, un gemido que traspasó mis oídos y me hizo abrir los ojos para descubrirme frente a su vagina, lamiendo, besando, explorando sus pliegues, comiéndome su elixir prohibido, con la boca tan llena de sus labios que me fue difícil no probarla una tras otra vez, hasta desvariar.

No supe en qué momento me desconecté y dejé salir a la bestia lujuriosa que solo la quería a ella, a sus pliegues calientes y dulces que allané, que acaricié con la punta de la lengua, que separé para poder introducirme en su pequeño agujerito y meter la lengua con ardor, abriendo su anillo,

dilatando su canal, hasta que la abrasión en las entrañas pudo con mi psique y le arrebaté mil jadeos.

Sus caderas se movieron, una de sus manos se fue a mi cabeza, mientras mi boca, insaciable, se hizo con su sexo, con su clitoris hinchadito que amaestré con los labios, que maniaté con los dientes e incité al crear espirales que ascendieron por su cuerpo. Envié descargas eléctricas desde de su vagina, desde el vértice de su placer hasta reventar en sus extremidades rígidas que se doblaron por la excitación. Sus pies se curvaron, sus manos se aferraron a mi cabello y al sillón, sus pechos temblaron y, a la gota que antes hizo un sendero por su abdomen se le unieron muchas más, hasta que llegaron a mi paladar y me enloquecieron al juntar sus esencias.

Gruñí. El embrujo de su perfume se apropió de mi sistema, de las succiones de mi boca que se volvieron más brutales, más inquietantes, al punto que mi lengua se revolvió con intensidad a través de su rajita para abrirla y luego degustar su botoncito que terminó por romper su condura, por estallar la represa de su vientre que rasgó sus músculos rígidos, para luego ser atravesada por el tsunami del nirvana y vibrar con violencia.

Tragué y tragué su suave elixir que salió de su agujerito para empapar mis papilas gustativas y hacer palpar mi polla.

Deliré con su sabor, con la forma en la que su cuerpo se quiso cerrar, con la manera en la que los latidos prorrumpieron contra mis labios, con el modo en el que retrocedió cuando se alzó por cuarta vez al paraíso y perdió la capacidad de respirar, cuando su cuerpo se arqueó, cuando su boca se abrió, cuando sus ojos se pusieron blancos y dejó de percibir la realidad.

Cayó en picada y convulsionó en mi boca en una catarsis de sensaciones que empoderaron mi cuerpo, que fijaron mis ojos a sus curvas estremecidas que me llamaron, pese a que sabía que estaba tan sensible que en cualquier momento se quebraría.

Laxa, la dejé sobre el sofá.

Me levanté sin apartar los ojos de sus curvas. Me relamí y probé su sabor, la dulzura de su esencia con la que quería bañarme una y otra vez. Tenía la barbilla mojada, los labios brillantes, así como el pecho y parte del cuello.

Mi respiración truculenta resonó en mis oídos. Con los dedos entumecidos, me saqué la camisa por encima de la cabeza.

Rose apenas metió oxígeno a sus pulmones, sus párpados estaban cerrados, su cuerpo desplomado sobre el sillón, no obstante, me pareció la visión más arrebatadora que alguna vez presencié o imaginé.

Mis manos ágiles se apresuraron a bajar hasta la pretina del pantalón de chándal y me detuve al mirarla.

—Mami... —la llamé con la voz ronca, tan grave que hasta a mí me costó reconocer, en especial por el tono imperativo que le hizo abrir los párpados y repasarme con ardor—. Dime que lo quieres.

Los dientes me rechinaron y mi mandíbula se trabó al verla, al admirar su cuerpo femenino recostado sobre el sofá.

Como pudo, se sentó mejor, sin quitar su mirada de mi rostro. Tragó saliva y se relamió los labios.

—¿Te duele, bebé? —preguntó hipnotizada, en un trance lascivo que no le hizo registrar la grave afectación de su cuerpo—. ¿Quieres que mami te ayude?, ¿quieres que mami haga que te sientas mejor? —preguntó con dulzura.

Como atraída por mi cuerpo, se acomodó para acercarse a mi polla. Mis cejas se alzaron al comprender lo que estaba ofreciendo. Sonreí malicioso y asentí.

—Sí, mami. Me duele mucho aquí —dije con ironía y me la sacudí por encima de los pantalones.

Jadeó y se desmadejó al verme desde abajo, con la boca abierta y un gesto lujurioso que desfiguró sus facciones.

—Mami está aquí para ayudar a su bebé —susurró con impudicia.

Aparté las manos cuando las suyas se alzaron y alcanzaron la pretina del chándal y lo bajó despacio, hasta sacar mi polla que brincó frente a sus ojos.

Grito, un gritito pequeño y encantador que calentó más mi piel, que hizo que todos los músculos se contrajeran.

—Mi pequeño, has crecido muy bien —comentó con apetito, con las pupilas dilatadas puestas sobre mi protuberante erección lubricada en la punta gracias al líquido preseminal.

Rugí y la polla me palpitó frente a su rostro.

Jadeó y su aliento tibio engrescó mis nervios hasta hacer que la energía aumentara en mis pelotas.

¡Joder!

Se mordió el labio, su mano se alzó y pasó la punta de los dedos por el tronco, en un roce ardiente que me hizo temblar.

—Mi pequeño está tan grande, tan crecido... —musitó enajenada, sin apartar los ojos de mi pene.

Tragué saliva y mis manos se fueron a su cabello, queriendo que me acogiera con su boca para reventar en sus labios, no obstante, no quería obligarla, así que la dejé, dejé que me acariciara con su pequeña y suave mano que estremeció mis músculos y frunció mis testículos, en especial cuando sus uñas se fueron a estos y un escalofrío me alcanzó para hacerme bramar.

—¡Mami! —jadeé y estiré el cuello, deseando más de su cariño.

—Mami está aquí, bebé —indicó con la voz dulce y suave, tan afrodisíaca que hasta me pareció la voz de un súcubo capaz de arrebatarme el alma.

Bajé los ojos con hambre, resoplé de excitación y me tensé cuando nuestras miradas se encontraron, cuando me tomó el tronco y se embadurnó los labios con mi líquido preseminal.

—Mami quiere que su bebé se sienta bien —indicó sin dejar de frotarme la punta con sus labios.

Mierda.

Se nos estaba yendo de las manos aquel juego perverso y pervertido en el que nos metimos, aquellos roles con los que partimos buscando algo más.

Sus ojos resplandecieron, dorados, arrebatadores.

Sacó la lengua y lamió mi capullo. Gruñí y el cuerpo me pulsó en un latido vigoroso. La sangre quemó mis venas, mi abdomen se apretó y mi mente se nubló cuando lamió más y más, con la lengua suave, tersa y húmeda.

Quise mantener los ojos abiertos, la mente afianzada a la realidad, pero no pude. La boquita lujuriosa de Rose me volvió loco. No solo me lamió, no solo exploró con su lengua las abultadas venas que me hincharon la verga, sino que también lo hizo con mis pelotas, las cuales lamió y luego succionó sin dejar de mover la palma contra mi tronco.

Metí los dedos en su cabello y jalé más de una vez para sentir la calidez de sus labios. Mis caderas se movieron con vida propia, un cúmulo de energía se formó en mi vientre, más abajo, donde su boca estaba consumiendo mi calor, donde sus labios se pusieron sobre mi otra cabeza, la que tomó el control y me hizo sentir cada latido que llevó sangre a mi dureza.

Gruñí, gemí y me moví contra su cabeza que fijé cuando al fin me llevó a su candor, cuando me tomó con sus labios abiertos y rodeó el capullo para luego introducirme dentro, profundo, hasta que sentí la tersura de sus mejillas, de su garganta que se cerró entorno a mi punta.

Creí morir, creí que se me iba a detener el corazón, que me estaba quemando ante el socavón ardiente que hirvió mis entrañas. Todos mis nervios fueron estirados y dilatados por el movimiento de su cabeza, o tal vez fui yo, al menear las caderas como poseído por la seda de sus labios que se ciñeron a mi tronco, que me acogieron y empujaron más hondo.

Abrí los párpados para encontrarme con sus ojos llorosos, con su expresión lasciva que hinchó cada músculo de mi cuerpo.

Sin poder evitarlo, la cogí del cuello y me salí de su boca, dejando un fino hilo de saliva que conectó sus labios con mi polla.

La miré con tensión, con enojo, con una clase de sensación que no pude expresar con palabras. Apreté su frágil garganta y la tiré contra el suelo para cernirme sobre su cuerpo tras quitarme los pantalones.

Jadeó y se recostó sobre el parqué, ansiosa de recibirme, deseando cumplir mis deseos, sus ojos brillaron, sus labios mullidos e hinchados entreabiertos, sus mejillas coloradas y sus pechos jodidamente apetecibles.

Le abrí de piernas, hincado entre estas. La jalé hasta tenerla como quería y, sin previas, porque iba a reventar si no lo hacía, la penetré de una sola embestida que me sacó el aliento cuando sus paredes estrechas me estiraron y sentí el ardor de mi virginidad perdida quedar en su canal.

Aullé, porque estaba caliente, mojada y preparada para mí.

Gritó, tiritó con efusividad y sus manos apretaron sus tetas.

—Joder, te voy a follar como la puta que eres, Rose —gruñí como una bestia, dejando de lado la gentileza, porque mi cerebro se olvidó de todo, incluso de ser bueno con la mujer más maravillosa que conocí, la mujer que se abrió para mí y me alimentó con sus pechos.

No pude, me sobrepasó la sensación de estar rodeado por su sexo y me moví como un salvaje. La cogí de detrás de los muslos, llevé sus rodillas contra sus costados y perforé sus entrañas con movimientos brutales que le cortaron el aliento, que hicieron temblar sus tetas, que la movieron sobre el suelo, que le hicieron sollozar y arquearse para mí.

Gruñí, bramé y me revolví como una fiera deseosa de hacerla explotar y luego alcanzarla en la cima.

La follé como un animal, prendado de cada gesto que modificó su carita de muñeca, que enrojeció por completo su piel, que logró que una capa de sudor la cubriera. Se apretó los pechos y me mojó con su leche que salió despedida directo a mis pectorales. Gruñí y me moví más hondo en su canal que tembló alrededor de mi polla.

—¡Mi bebé! —exclamó con la voz suave, tan delicada que me indujo a ser más brusco, a montarla con violencia, mientras sus gemidos se volvían profanos, abrumadores, al punto de acariciar mis tímpanos y embrujarme con ellos.

Se me hinchó la polla, los testículos se me tensaron, mi cuerpo se estremeció más y más, pero no podía detenerme, no quería hacerlo, no quería dejar de tomar su coño, de estirar sus paredes, de enloquecer con sus gemidos, con sus ruegos, con la forma en la que su cuerpo respondió al mío.

Me cerní sobre su torso y, abrumado por la sensibilidad de su sexo, llevé la boca a su pecho lleno y succioné su leche con avidez, sin dejar de mover las caderas, condenado por la lujuria que explotaba en mi vientre y me hacía tratarla sin compasión, pese a que no se quejó, en su lugar, me envolvió con sus piernas que rodearon mi cadera, con sus manos que rasgaron mi espalda.

Jadeó y me llamó en medio de la bruma.

Su cuerpo tiritó con más fuerza, sus paredes se cerraron en torno a mi pene y succioné con codicia su leche que brotó en chorros potentes. Su espalda se arqueó, su cuerpo se templó desde la

punta de los pies y se corrió conmigo dentro, pese a que no dejé de embestir su coño, a que mis labios necesitaron los suyos y ascendí hasta alcanzar su boca.

Nos besamos y robé su aliento cuando se corrió. Sus uñas se enterraron en mi espalda, su vientre se prendió en llamas y me apretó con fuerza, enviándome a lo más hondo de su agujerito terso que me masajéo con sus espasmos que enarbolaron mi psique.

No lo pude soportar.

La sangre bulló en mis pelotas se encogieron y, prendidas en llamas se descargaron con vigor en lo más profundo de su ser. Mis caderas se movieron pese a que solo sirvió para frotar su clitoris y hacer que su nirvana se dilatara y me apresara con más firmeza.

La energía estalló en nuestros cuerpos. Nuestras manos exploraron con furor el cuerpo del otro, nos movimos en una danza prohibida, presas de la catarsis, de la sensibilidad del otro, del calor de sus paredes que me hizo derramarme con violencia en su interior y avivar más y más su orgasmo, hasta que me soltó la boca y se estremeció bajo mi cuerpo, perdida en su propio nirvana.

Me enterré por última vez en su coño y disparé el último latigazo de placer que arrastró todos mis nervios y disipó todo alrededor hasta que mis oídos solo la escucharon a ella, a sus gemidos quedos y femeninos, a mi corazón que palpitó con fuerza, a mis respiraciones tumultuosas que apenas alcanzaban a llevar oxígeno a los pulmones.

La apreté contra mi cuerpo, ceñí sus tetas a mi torso y me dejé caer sobre el hueco de su cuello, donde aspiré su exquisito aroma.

Lánguida, no dejó de abrazarme, de mimarme con sus dedos que relajaron los músculos de mi espalda.

—Mi pequeño bebé especial, has hecho feliz a mami —susurró entre gemidos febriles, que delataron su sentir, la lujuria postcoital que la envolvió.

Jadeé y mis labios se pegaron a su garganta para lamer y succionar su piel, queriendo marcarla.

Me moví dentro de sus entrañas que me recibieron con un apretó tembloroso.

—Mi bebé —repitió enajenada.

Me separé de su cuello y la miré tras hincarme entre sus piernas. Resoplando, con cada músculo del cuerpo hinchado gracias al ejercicio que hice cuando la follé.

Sus ojos dorados y centellantes se fijaron en los míos con candor. Su mano se extendió y su palma pasó por mis pectorales. Me estremecí.

—Dime que tratarás a mami bien —musitó con la voz dulce—. Mami siempre te va a recibir, mi pequeño. Mami está para ti, para acoger a su bebé, para alimentarlo y hacerlo sentir bien —apuntó delirante. Se mordió el labio inferior y me miró en medio de las pestañas.

El corazón se me detuvo y entendí lo que estaba diciendo. Parpadeé asombrado y la sangre volvió a calentarse dentro de mis venas, refulgiendo en medio del crepúsculo, como luz incandescente que volvió a la vida la dureza de mi pene.

Jadeó al sentirme, al descubrir que estaba teniendo otra erección sin que la anterior hubiese disminuido del todo.

Mierda.

La miré sin poder creerlo, en especial cuando comenzó a mover las caderas, cuando me metió más hondo en su acuoso canal, empapado ya no solo con sus jugos, sino también con mi semen.

Tragué saliva con dificultad y me cogí a sus rodillas, pese a que eso no hizo ninguna diferencia para que dejase de agitarse, para que se cogiera las tetas y se exprimiera los pezones.

Y lo pillé ...

Una sonrisa divertida se dibujó en mi rostro cuando el entendimiento despertó mi mente,

cuando observé la escena, incluso cuando sus caricias me querían envolver en la neblina del deseo y nublar mi razonamiento.

Rose... Mi astuta y perversa madrastra.

Mi sonrisa se volvió más grande, hasta que le mostré los colmillos.

—¿Mami quiere que su pequeño le perforé las entrañas hasta que se corra como la putita que es? —inquirí y mi mano se fue a su vientre para evitar que se moviera.

Jadeó frustrada cuando detuve la fricción electrizante de nuestros sexos y sus párpados se entrecerraron al mirarme, divertida y sensual.

Arqueó una ceja.

—Sí, quiero que mi pequeño me folle como la putita que soy —jadeó la respuesta.

Me relamí.

—Sí eso quiere mami... Pero antes, tiene que prometerme que solo dejara que su bebé la llene, que solo revotara sobre la polla de su pequeño, que solo le dará sus tetas cargadas de leche a su nene, de lo contrario, no podrá calentarle el coño —indiqué juguetón y mi pulgar rozó su clítoris hinchadito.

Gimió y se apretó los pechos una vez más. Me miró en medio de las pestañas, con la boca entreabierta.

—Mami solo quiere a su pequeño. Solo con su bebé que la hace sentir tan bien con su polla grande, gruesa y caliente. Solo te quiero a ti, mi niño especial —sollozó enardecida, su tono se modificó y la lujuria afloró de su interior.

Sonreí, malicioso.

Pequeña golfa...

¡Cómo no me di cuenta antes!, cómo no supe reconocerla, cómo no entendí que siempre fui el conejo en el juego de la zorra de curvas peligrosas que se pavoneó ante mí con sus tetas apetitosas.

Llevé la mano a su cuello y estiré su cabeza para que me mirara bien cuando la penetré hasta lo más oscuro de su interior, porque no estaba dispuesto a dejarme vencer por mi bonita y dulce madrastra, porque mami recibiría su castigo por ser tan maliciosa, por haber manipulado mi mente para hacerse la buena, cuando era toda una putita.

—Te lo daré, zorrita. Haré que el coño de mami lloré de placer —prometí, antes de dejarme caer sobre su boca para besarla como un salvaje.

Gimió y no tardó en unirse al enredo de manos y piernas que nos volvimos cuando volvimos a follar como dos posesos, sin importarnos nada, porque, incluso pintarle los cachos a papá al fornicar bajo su techo, en la sala, de esa manera tan impúdica, no nos detuvo, al contrario, espoleó nuestro deseo y, sin precedentes, penetré su coño una tras otra vez, hasta que enloquecimos, hasta que sellamos el pacto en el que ambos le pertenecíamos al otro e inició una partida más divertida en la que, cada que quedábamos solos en la casa, explorábamos las habilidades, destrezas y sensibilidades del otro, sin importar deshonorar la casa en la que vivíamos, la casa que papá construyó.

No, no me importó que mi propio padre se acostara al lado de Rose por las noches, ni las veces en las que ella bajó a mi habitación, apenas vestida, con esas batas de seda, con esos camisones casi transparentes que poco o nada dejaban a la imaginación, para acostarse encima de mi cuerpo y cabalgarme como una maestra de equitación. Ni me interesó las veces en las que me pidió comerle las tetas que estaban más ricas que nunca, mientras la tomaban de las nalgas para penetrarla hasta llevarla a la locura.

Nada importaba, solo ella, su lujuria que acariciaba y tentaba la mía con su dulzura y perversión.

F I N

ÍNDICE

SINOPSIS

CAPÍTULO 1

EL COMIENZO DEL FIN

CAPÍTULO 2

MI PEQUEÑO

CAPÍTULO 3

GEMIDOS SECRETOS

CAPÍTULO 4

EL ENGAÑO

CAPÍTULO 5

LA BOCA DEL PECADO

CAPÍTULO 6

DULCE, DULCE ROSE

CAPÍTULO 7

DESEO

CAPÍTULO 8

COMO LA SEDA

CAPÍTULO 9

DELIRIO

CAPÍTULO 10

VICIO

CAPÍTULO 11

ALIVIO

CAPÍTULO 12

ÉXTASIS

SEÑORA S

TAMBIÉN TE PUEDE GUSTAR...

1 .SERIE LIBERACIÓN: _

2 .SE BUSCA NOVILLA PARA CRÍA

3 .MI ESTRELLA

4 .BESTIA

5 .TU PRISIONERA

6 .¡HÁZMELO!

SEÑORA S

Hay tantas cosas que decir sobre mí...

Mi nombre real no es Señora S, como es evidente, es un seudónimo que tomé prestado del primer personaje que hice; del personaje principal de «¡Házmelo!».

Decir que no soy muy fan de las novelas largas, es decir la verdad, porque no lo soy, pero me encantan los detalles que esconde una historia, por eso mis novelas son cortas.

Espero que hayan disfrutado de este corto relato y que, si lo desean dejen sus comentarios y valoraciones.

O S Q U I E R E ,
S E Ñ O R A S .

TAMBIÉN TE PUEDE GUSTAR...

1. S E R I E L I B E R A C I Ó N :



Lena nunca se imaginó que su cuerpo fuese a reaccionar de esa manera... Nunca se esperó que sus senos pesados y grandes la traicionaran.

Desesperada y avergonzada, busca la ayuda necesaria para acabar con su problema. La solución llega en la consulta médica, pero no es lo que espera. Jamás creyó que el atractivo doctor pudiese proponerle algo tan inmoral que la hiciera calentarse hasta el núcleo.

¿Te atreves a conocer esta historia excitante?

» » »

A Mare siempre le pareció que su jefe era un engreído que no sabía cómo tratar a sus empleados, un riquillo que se aprovechaba de su poder para mangonear a los demás y moverlos a su antojo como títeres.

No le gustaba para nada su actitud petulante, al menos así fue hasta que, al verla desesperada, la ayudó a aliviarse, proponiéndole un trato de lo más indecoroso que cambiará su vida.



« « «



Mónica siempre quiso una cosa: tener una familia grande y numerosa. ¿El problema? Su marido no quería más hijos, y su cuerpo se negaba a colaborar.

Medicamentos, citas médicas y tratamientos diversos, en lugar de ayudar, solo le trajeron más inconvenientes, inconvenientes con los que no contaba y de los cuales se necesitaba liberar, sin embargo, sin su marido cerca, o cualquier otra persona más a quien recurrir, su hijastro se ofrece para aliviar sus «malestares» y ayudarle a sosegar su cuerpo.

» » »

Después de la ruptura, Siena solo quería regresar a casa y descansar, pero su organismo tenía una idea muy distinta. Ardía en deseo, su cuerpo palpitaba necesitando el cobijo de un macho que la dominara como tanto quiso durante mucho tiempo.

Estaba caliente como nunca lo estuvo, y todo gracias a querer complacer a su expareja y... ¿Para qué?

Creyó que se incendiaría sola, necesitando unas manos masculinas que satisficieran su concupiscencia, hasta que su hermanastro se apropió de su cuerpo para someterla.



« « «



Violeta solo quería un poco de paz, un poco de libertad y quizá una pizca de calor humano.

No fue a propósito, no lo buscó, sin embargo, cuando más necesitaba de un hombre que le ayudase con las nuevas dificultades que su cuerpo estaba experimentando, apareció él...

Hayden era el nuevo novio de su madre, diez años menor que ella, guapo, atlético y demasiado sensual para sus alborotadas hormonas.

¿Podrá Violeta resistir esa atracción, ese deseo que su padrastro despierta en su cuerpo?

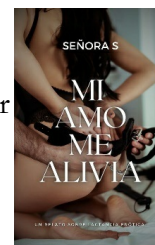
» » »

Maddy solo necesitaba un trabajo donde le pagasen lo suficiente para poder subsistir y saldar las cuentas del hospital.

En una noche desesperada, una notificación a su correo impactó su vida.
¿Sería su trabajo soñado?

Cuidar de un hombre nunca le implicó tanto esfuerzo y satisfacción, después de todo, su «amo» estaba dispuesto a satisfacer las necesidades inquietantes de su cuerpo, aquella ansia en sus pechos colmados y necesitados.

¿Podrá Maddy hallar todo lo que siempre deseo con su nuevo trabajo y su espectacular «amo»?



« « «



Compilación de los relatos anteriores.
Todos relatos sobre lactancia erótica.

» » »



Julieta siempre fue un derroche de sensualidad, de curvas exuberantes capaces de hacer girar la cabeza de más de algún caballero, y su marido no era diferente.

Enoc quedó prendado de su esposa en cuanto la conoció, y cayó rendido a sus pies cuando su aroma penetró sus fosas nasales, cuando sus cuerpos se unieron y, verla embarazada, con sus curvas más sinuosas que nunca, le hizo salivar.

Estaba preciosa, en especial esa parte de su anatomía que provocaba que el incendio en su interior prendiera sus venas y deseara colmar sus labios con la dulzura que se derramó de sus colmados pechos.

¿Podrá Enoc complacer su lascivia con el cuerpo de su deliciosa mujer o el recato de Julieta le impedirá alcanzar su objetivo?

Un relato de lactancia erótica donde el tabú jugará con sus mentes y cuerpos.

« « «

Prometió regresar pronto de su viaje de negocios, pero no fue así. Su cuerpo ardía, pidiendo los brazos de su marido, su boca drenando sus cargados senos que ya no soportaban el peso de su dulce elixir. Sin embargo, su marido tenía una idea para solucionar su situación...

No, no quería seguir su plan, no podía jugar de aquella forma, no podía faltarle a su matrimonio, en especial, con su suegro.

Ni siquiera lo podía considerar, hasta que el calor de su cercanía abrasó su cuerpo y dejó de pensar y se dejó llevar por la necesidad de aplacar su excitación.



2 . S E B U S C A N O V I L L A P A R A C R Í A



«Ser curiosa te meterá en problemas, Julieta», decía mamá cada que me encontraba físgoneando donde no debía, pero jamás imaginé que mi necesidad por resolver los misterios de la vida me llevaría a una aventura de lo más excitante.

Julieta es una joven escritora a la que le gusta explorar peculiares sitios webs para obtener información para su siguiente novela o para pasar un *buen* rato. Tras una noche revitalizante, un anuncio peculiar llama su atención:

«Se busca novilla para cría».

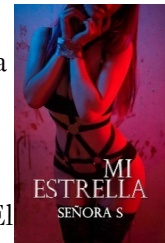
Aquellas palabras atrajeron su atención, sin embargo, fue la descripción lo que le hizo relamerse los labios y crear mil escenarios incitantes, hasta que la curiosidad la hizo acudir a una pequeña *granja* en un pueblo lejano, para encontrarse con un viril y arrebatador *granjero* capaz de poner su cuerpo en jaque.

Una historia de lactancia erótica que calentará su sistema hasta colmar sus jugosas ubres...

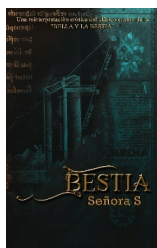
Un vaquero sensual y una escritora traviesa, ¿qué puede salir mal?

3 . M I E S T R E L L A

En un principio, cuando me metí en su mundo, jamás me imaginé lo que iba a acabar pasando... Como muchas otras personas, tomé la decisión consciente de llevar a cabo ese trabajo, pero lo hice por una buena razón: mi familia. Necesitaba el dinero urgentemente, y ante las pocas o nulas posibilidades de un trabajo mejor, decidí meterme en el mundo que él me ofrecía. Reconozco que no pensaba hacerlo de esta manera, sin embargo, una vez estuve dentro de su universo... me fue muy difícil salir. Él me atraía demasiado como para imaginarme siquiera ir en contra de su voluntad, y su mundo era tan atrayente como él, y yo, quería permanecer en él. Mas, su mundo no era mi mundo, tenía que dejarlo, pero ¿podría dejarlo a él?



4 . B E S T I A



Mi padre, era un mercader prestigioso, sus barcos cruzaban cualquier mar, llevando cualquier tipo de mercancía. Sin duda, era un negocio lucrativo, hasta que la tragedia nos sobrevino.

Siendo su única hija, me quedé sola, en la casa, esperando a que, tanto mis hermanos como mi padre, regresaran de altamar, de rescatar lo que había quedado de las naves.

Pero cuando ellos regresaron, no trajeron buenas noticias. Todo estaba perdido, y gracias a eso, mi padre tenía un montón de deudas. La solución de él, fue simple... venderme.

Me habían vendido a un hombre muy rico, todo a cambio de que se pagaran las deudas de mi padre y, además le diera lo suficiente para sobrevivir durante algún tiempo.

Mi destino estaba sellado a fuego. Debía casarme con él, con la BESTIA.
Una reinterpretación erótica del clásico cuento de la «BELLA Y LA BESTIA».

5 . T U P R I S I O N E R A

Grace es una chica de la calle, que ha sido despojada de todas las cosas que una persona normal da por hecho. Simplemente es un rostro sucio más de los que se ve en las calles de todo el mundo.

Con un estomago cada vez más hambriento y con pocas posibilidades de llenarlo. Así es la vida de Grace, llena de sin sabores y oscuros momentos que la arrinconan contra una pared, y la única opción para salvar su vida de morir de inanición, la encuentra en él... ese misterioso hombre que le ofrece una vida diferente a la que ahora tiene; sin peligros de caer en manos de ese mundo oscuro y perverso que la persigue.

El problema con el trato que ese hombre anónimo le propone a Grace, es su vigencia.
¿Puede su trato durar tan poco? ¿O será una eternidad el lapso junto a ese hombre anónimo?



6 . ¡ H Á Z M E L O !



Mi nombre es señora S, en realidad, no es así. Todos me llaman “S” –que se pronuncia como “es”–, sin el “señora”; nadie me dice mi nombre, que bien podría ser Sonia, Silvia, Sol, o cualquier nombre que comience con la letra S. Cualquiera que elijan, estará bien para mí. Pero la verdadera razón de mi “sobrenombre”, no es más que la representación de lo que más me gusta hacer... tener SEXO, a MON-TO-NES.

Sí, como se habrán imaginado en estas cuantas líneas que han leído, este libro trata del sexo, y por supuesto, de mí; su adorable anfitriona que les mostrara lo que significa –según los psicólogos– ser una persona con hipersexualidad, o lo que antes se conocía como ninfomanía.

Lo curioso de la “ninfomanía” es que sólo se le diagnosticaba a las mujeres y no así a los hombres, pero ahora, ya no se considera que las mujeres sean ninfómanas, lo cual es... genial, creo.

En fin, algunos de ustedes pensarán que este libro será una copia del libro “Diario de una Ninfómana”, cosa que no es así. Para comenzar, yo no tengo que enseñarles a los lectores ninguna lección o darles algún mensaje que les sea útil para la vida, eso no lo van a ver aquí.

Si quieren algún libro existencial... pues vayan a los de autoayuda, o simplemente lean a Paulo Coelho, porque lo que soy yo... no voy a decir un montón de sandeces que podrían ser o no interpretadas de la forma correcta. Además, por algo la categoría es Erótica ¿no?

Así que sí, este libro sólo es un tributo al sexo, por lo que señores y señoras, tomen asiento o acuéstense y prepárense para un relajante momento de sólo pensar en SEXO, no hay nada que analizar, ni nada que entender, únicamente dejen que sus cuerpos y sus más primitivos deseos surjan en ustedes.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, por cualquier medio o procedimiento, sin para ello contar con la autorización previa, expresa y por escrito de la autora. El contenido de esta novela es completamente parte de la imaginación de la autora, cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.